



**PARTIDO
SOCIALISTA
DE CHILE**

EDICIÓN ESPECIAL

**30 AÑOS
UNIDAD
SOCIALISTA**



**PARTIDO
SOCIALISTA
DE CHILE**

EDICIÓN ESPECIAL

**30 AÑOS
UNIDAD
SOCIALISTA**

PRÓLOGO

El 29 de diciembre del año 2019 se cumplen 30 años de la **reunificación socialista**. Debido a la relevancia histórica que este hecho implica no solo para el socialismo chileno sino que también para la historia de Chile, el Partido Socialista se ha dispuesto a relevar este hito y hacer una serie de publicaciones con el objetivo de incentivar la reflexión política **y mantener viva la memoria histórica**.

Los y las socialistas hemos estado presentes, y hemos sido protagonistas de las grandes transformaciones de Chile. **Desde siempre tenemos un compromiso con la construcción de una sociedad más justa, que implique el mejoramiento de las condiciones de la clase trabajadora. Hemos luchado por garantizar los derechos sociales de todos y todas.**

Somos herederos de una tradición de convicción profunda por el cambio social. De la fuerza que pusieron en los años iniciales del surgimiento del socialismo chileno: Oscar Schnake, Eugenio Matte, Eugenio González, Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y muchos/as otros/as. De la defensa de las ideas del socialismo democrático y de un proyecto revolucionario como lo hizo el mejor de los nuestros, Salvador Allende. De las mujeres que han marcado la historia del Partido y de Chile: Carmen Lazo, Laura y Tati Allende, Julieta Kirkwood, Graciela Contreras, y, por supuesto, la primera mujer Presidenta de la historia de Chile, Michelle Bachelet. De los detenidos/as desaparecidos/as, y en especial de la primera dirección clandestina liderada por Exequiel Ponce, Carlos Lorca, Arnoldo Camú, Víctor Zerega, Ariel Mancilla, Ricardo Lagos Salinas, Michelle Peña, Carolina Wiff, Mireya Rodríguez, Sara Donoso y Rosa Solís.

Nuestra historia está marcada por hombres y mujeres que han luchado incansablemente por la defensa de las ideas democráticas y de la dignidad humana.

Los diferentes puntos de vista políticos al interior del socialismo chileno no han estado ausentes, y ha sido parte de la riqueza de nuestro partido. Sin embargo, el proceso más complejo que hemos vivido ha sido la división del socialismo chileno durante la dictadura militar, producto de visiones políticas que en su minuto fueron irreconciliables. **La reunificación del socialismo chileno vino de la mano con el comienzo de un nuevo Chile. Un Chile en democracia.**

La unidad del socialismo chileno fue fundamental para enfrentar los desafíos que se fraguaban en el seno de una sociedad estructuralmente desigual. Para consolidar la democracia, para impulsar políticas de reducción de la pobreza, para no dar pie a un proceso de impunidad de los violadores de los DD.HH. y poner freno a las leyes de punto final.

Las luchas y los desafíos que el día de ayer nos unieron con el objetivo de articular la centro izquierda y generar un proyecto político que tuviera por objeto la construcción de un Chile más democrático y más igualitario, **mantienen plena vigencia.**

Muchas de las problemáticas del día de ayer, hoy siguen estando pendientes. El socialismo chileno debe cumplir su rol histórico: articulación y lucha para que, mediante la acción política, cambien las condiciones de vida, sobre todo del mundo popular. Hoy, al igual que ayer, nos mueve la lucha contra las desigualdades, los abusos y las injusticias.

Para enfrentar los **nuevos desafíos que el país nos impone**, no solo se hace fundamental la unidad del socialismo chileno, sino que también la unidad de la centro izquierda.

El año 2019 se escribirá como un año clave para la historia de Chile. Este año se comenzó a gestar un proceso constituyente que nos permitirá tener una Nueva Constitución nacida en democracia. Se inició el camino para poner fin a la Constitución de Pinochet. **Hay mucha esperanza en la construcción de una**

sociedad más justa. Hoy está naciendo un nuevo Chile, y somos los y las socialistas quienes debemos trabajar para fortalecer nuestro partido, y **construir, desde las legítimas diferencias y nuestras propias diversidades, la unidad en la acción para enfrentar las injusticias sociales.**

Con ocasión de esta importante conmemoración, les presentamos la primera publicación de las “Ediciones Socialistas” que en esta oportunidad contienen trabajos centrados en el hito histórico que conmemoramos, por tanto no nos queda más que agradecer a la Vice Presidencia de la Mujer y Equidad de Género y a los compañeros Camilo Escalona, Ricardo Núñez y Patricio Quiroga por la disposición y compromiso que permitieron concretar esta publicación, que esperamos sea un aporte al permanente debate de las y los socialistas.

Álvaro Elizalde Soto
Presidente

Karina Delfino Mussa
Vice Presidenta

Andres Santander Ortega
Secretario General



**PARTIDO
SOCIALISTA
DE CHILE**

LAS MUJERES EN EL PROCESO DE DE REUNIFICACIÓN SOCIALISTA

Karina Delfino Mussa

Vice Presidencia de la Mujer y Equidad de Género

LAS MUJERES EN EL PROCESO DE REUNIFICACIÓN SOCIALISTA

Las mujeres socialistas hemos sido protagonistas de la historia del Partido Socialista. En el acta fundacional del partido ya se establecía la “reivindicación de los derechos de la mujer” como uno de los principios fundamentales del socialismo chileno. Y, en el Congreso “Aniceto Rodríguez” (2019) el Partido Socialista se define como un partido feminista. No se puede ser socialista sin ser feminista.

Todos los avances que hubo al interior del partido por alcanzar igualdad de género fueron gracias a la acción de las mujeres socialistas, que lucharon con fuerza y convicción para ir corriendo los cercos. Generaciones de mujeres socialistas que han sido parte de un continuo histórico nos permiten seguir construyendo socialismo feminista.

A continuación se relatará la importancia de las mujeres socialistas en el proceso de reunificación. Este texto fue hecho en base a la investigación realizada para el libro “Mujeres Socialistas: protagonistas de una historia”.

Hacia fines de la década de los 80, luego del triunfo de las fuerzas democráticas que promovieron la campaña del NO en el plebiscito del 5 de octubre de 1988, se concreta el proceso de reunificación del socialismo chileno, a partir de la convergencia, principalmente, de las dos principales orgánicas en las que se articula la militancia histórica del PS.

El proceso de reunificación, pese a su imperiosa necesidad política, no resulta fácil, especialmente a nivel de la militancia de base y estructuras intermedias, en las que subsisten culturas políticas distintas y se manifiestan prejuicios y desconfianzas, sobre todo por la adhesión de las orgánicas de origen a líneas políticas distintas, por su adscripción a plataformas diversas (la Alianza Democrática y el Bloque Socialista, por un lado, y el Movimiento Democrático Popular y la Izquierda Unidad, por el otro) y por imaginarios, prácticas y experiencias militantes de diverso tipo, según cual sea la orgánica partidaria anterior a la unidad.

Con todo, la reunificación es un proceso irreversible, y en todos los espacios, estructuras y

frentes, se impulsan los eventos necesarios para consumir un objetivo político y orgánico esencial para el socialismo, ad portas del retorno a la democracia: la generación de un solo PS para Chile. Las mujeres no son la excepción.

La reconstitución de la Federación de Mujeres Socialistas

Las militantes adscritas al PS renovado habían venido desarrollando un largo proceso de trabajo, iniciado principalmente por mujeres socialistas que comienzan a retornar del exilio, muchas de las cuales habían incorporado elementos y nociones del feminismo en su concepción política, como la necesidad de la autonomía de las mujeres, la emergencia de nuevos liderazgos femeninos con una perspectiva de género, el cuestionamiento de lo público y privado, el abordaje de la discriminación por razones de sexo, los temas del divorcio, la familia y el poder, y el concepto de “discriminación o acción positiva”, mecanismo necesario para romper con la dominación masculina en las candidaturas internas y, por consiguiente, en los niveles direccionales del Partido¹.

El trabajo femenino al interior de esa orgánica alcanza un importante hito a mediados de 1986, cuando, en un hotel de Santiago, se realiza la Primera Conferencia Nacional de Mujeres Socialistas, que declara reconstituida la Federación de Mujeres Socialistas.

Esta nueva FMS –que actuará precisamente hasta el proceso de unidad, en 1989- se define como una orgánica autónoma, con vínculos permanentes con el PS al que adscriben (sector Núñez/Arrate). La autonomía se expresará tanto en las actividades a realizar como en las alianzas a establecer. Como encargada de la FMS es electa la socióloga Adriana Muñoz, retornada al país luego de su exilio en Austria, quien además se desempeña profesionalmente en el Instituto de la Mujer. Como representante de la FMS, Muñoz tendrá participación con derecho a voz y voto en la Comisión Política de su sector partidario. Pronto, la FMS “decidió que además de la representación en la CP debían incorporarse más mujeres a la dirección del Partido, y ahí logramos que Mónica Silva y yo entráramos al Comité Central, donde hasta entonces habían puros hombres”, recuerda Soledad Larraín².

¹ En “Mujer y Participación Política: el caso del Partido Socialista”, de Catalina Palma Herrera. Memoria para optar al título de sociología, Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología. Santiago, 2002.

² Entrevista realizada a Soledad Larraín para el libro “Mujeres Socialistas: protagonistas de una historia”

El trabajo del Departamento Nacional de Mujeres

En el PS Almeyda, en tanto, el Departamento Nacional de Mujeres de esa orgánica, liderado por la profesora Nelda Panicucci, realiza su última actividad formal como sector, una Escuela Nacional de Mujeres Socialistas, que se efectúa del 24 al 26 de marzo de 1989. A la cita llegaron 76 mujeres, de las cuales 24 provenían de regionales de provincias, y 42 de regionales de Santiago, de departamentos nacionales del PS Almeyda, dirigentes de organizaciones sociales e invitadas especiales, entre las que estuvo presente Margarita Luke, esposa del desaparecido dirigente socialista Exequiel Ponce, cuya presencia fue larga y emotivamente ovacionada. El objetivo general de la escuela fue entregar las bases teóricas para analizar la situación de discriminación de las mujeres chilenas en el contexto político general, en perspectiva de “avanzar en la definición de un discurso y una práctica partidaria en ese ámbito, que le permitan plantear y poner en marcha nuevas políticas en su relación con el movimiento popular.”

Los contenidos que se desarrollaron en la escuela fueron: el carácter patriarcal y autoritario de la sociedad chilena, la importancia de la organización de las mujeres, las distintas expresiones del feminismo, historia del Partido Socialista y Línea Política del Partido.

La responsable del Departamento Nacional de Mujeres del PS Almeyda, Nelda Panicucci, en una nota publicada en el periódico Unidad y Lucha (órgano oficial de ese sector), señaló que “los temas referidos a la situación de la mujer resultaron motivadores para la discusión y reflexión de las participantes. Se revelaron temas no analizados, como fue en el caso de la caracterización de la sociedad chilena. Otros resultaron relativamente desconocidos, como la historia del movimiento de mujeres y uno muy discutido fue el de las corrientes feministas”³. Este último contenido fue dictado por militantes del Departamento de Mujeres de la Juventud Socialista, más familiarizadas y al corriente del debate feminista de la época.

³ Escuela de Mujeres Socialistas, columna de opinión de Nelda Panicucci. En Unidad y Lucha N° 123, órgano del Comité Central del Partido Socialista de Chile, abril de 1989.

“Estos temas, que son parte de intensos análisis y discusiones no solo en nuestro país sino en América Latina y el mundo entero, responden a la necesidad, por una parte, de encontrar explicaciones más profundas al problema de la discriminación de la mujer, y por ende, a las respuestas que estas están asumiendo, y por otro, a la necesidad de conducir esta irrupción de las mujeres como actor social en la vida de nuestra sociedad”, agregó Panicucci.

Para la responsable de la jornada, “al término de la escuela quedó claro que efectivamente las mujeres son discriminadas por el hecho de ser mujeres, que su trabajo y participación en lo social, laboral y político es subvalorado. Pero también se produjo una reacción ante tal situación: las participantes culminaron la escuela altamente estimuladas, con la sensación de ser más capaces, valoraron sus aportes y reafirmaron su compromiso de fortalecer todas aquellas instancias que las lleven a acercarse y a nutrirse cada día más del quehacer y sentir del pueblo al cual aspiran representar. Esta escuela ha sido solo un primer paso en la apertura del debate y la reflexión, y aporte en la formación de conciencia militante. Pero ese debate y reflexión no pueden quedar como un paso aislado, como un esfuerzo desconocido, por el contrario, debe asumirse como una tarea cotidiana de los hombres y mujeres que nos hemos propuesto cambiar esta sociedad”.

Mujeres: Fuerza para la Unidad

Poco tiempo después, las responsables del trabajo femenino de ambas orgánicas, Adriana Muñoz y Nelda Panicucci publican la declaración conjunta “Mujeres: fuerza para la unidad”⁴, en la que luego de homenajear a las fundadoras de los años 30, a las militantes víctimas de la represión y del exilio y “a las miles de mujeres socialistas, dueñas de casa, pobladoras, jóvenes, estudiantes, campesinas, obreras y profesionales que se han unido a la batalla por la justicia, la libertad y la paz del pueblo chileno”, explicitan su convicción de “poner toda nuestra voluntad política para alcanzar la unidad socialista.” Al respecto, señalaban:

“Nosotras creemos firmemente en la unidad, porque, pese a nuestras diferencias, en estos 15 años las mujeres socialistas nos hemos encontrado

⁴ “Mujeres: fuerza para la unidad”. Publicada en Unidad y Lucha N° 124, órgano del Comité Central del Partido Socialista de Chile, mayo de 1989.

como contribución de la mujer a la unidad socialista. Reclamamos la unidad porque ella hará del socialismo la fuerza que el país requiere para consolidar la Propuesta Democrática Nacional. Queremos la unidad como queremos un socialismo que reconozca a la mujer chilena como un sector social con necesidades, reivindicaciones y propuestas muy específicas, con una historia de participación y formas de hacer política también muy particulares. Un socialismo que defina, asuma e implante políticas orientadas a combatir y superar nuestra condición de opresión en el conjunto de la sociedad”.

El documento agregaba que las mujeres socialistas querían un PS luchando por:

- a) La dignificación de la condición de la mujer chilena, terminando con todas las formas y prácticas discriminatorias.
- b) La incorporación de las mujeres en los niveles de diseño y decisión de las políticas partidarias.
- c) La participación activa y plena en el Estado y la institucionalidad futura del país.

Surge la Unión de Mujeres Socialistas

En ese marco, los días 11 y 12 de agosto de 1990 se realiza la Primera Conferencia Nacional de Mujeres del Partido Socialista de Chile, con el que sus organizadoras pretenden consumir la unidad socialista entre la militancia femenina.

El cónclave –efectuado en Costa Azul, en el litoral central- convocó a cerca de 300 militantes, provenientes de todo el país. El encuentro tuvo momentos de acalorados –y hasta desordenados- debates, producto tanto de la votación de múltiples procedimientos para el desarrollo de la propia conferencia, como de las diversas culturas partidarias y distintas generaciones de las participantes. En una nota para el periódico partidario U y L, escrita por Clarisa Hardy, la participante del cónclave señala que: “(...) no obstante la dificultad de representación que la variedad de procedimientos electorales le impuso al evento, cabe destacar la masividad de la asistencia, el ímpetu participativo que a ratos tornaba difícil el manejo de las asambleas, la heterogeneidad de mujeres allí concentradas (estudiantes, trabajadoras, dueñas de casa, profesionales, jóvenes y mujeres maduras) y la

pluralidad de posiciones expresadas en las innumerables intervenciones sostenidas a lo largo de dos días de debate, se aprobaron los lineamientos generales de un programa para la transición en lo que respecta a las aspiraciones del mundo femenino, una propuesta ideológica y otra sobre organización, así como orientaciones en materia de derechos humanos con una demanda especial por la libertad de los presos políticos”.

En efecto, en lo referido a la naciente institucionalidad estatal hacia las mujeres, la conferencia otorgó su respaldo a la iniciativa del gobierno de crear el Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM).

El debate por la discriminación positiva

Entre las resoluciones orgánicas del cónclave se estableció la constitución de la Unión de Mujeres Socialistas, “entidad que, adecuada a las nuevas realidades del país y del socialismo chileno, viene a dar continuidad a la legendaria Acción de Mujeres Socialistas, fundada a poco de nacer el PS, y a la posterior Federación de Mujeres Socialistas.”

La reunión de Costa Azul, además, fue el escenario en el que, por primera vez, se puso en debate el concepto de “discriminación positiva”, el que fue objeto de fuertes discusiones respecto de su aplicación. De acuerdo a Clarisa Hardy:

“prácticamente la totalidad de las delegaciones femeninas de todos los regionales reconocían, de distintas maneras, la desigual condición de la mujer. También de manera genérica se atribuyó este fenómeno a la falta de una adecuada formación, educación y capacitación, que les resta oportunidades a las mujeres. La demanda de igualdad y el mejoramiento del acceso al conocimiento fueron, así, compartida por todas las asistentes. Sin embargo, respecto de la discriminación positiva hubo un largo debate que no logró generar consensos, aunque sí posturas de mayoría en su defensa.

Es curioso que sean las propias mujeres las que objetan, con mayor fuerza que los varones del partido, una actitud de apoyo especial a su participación política interna. Con el argumento de “no queremos dádivas, somos iguales, valemos tanto o más que ellos”, la discriminación positiva ha sido vista más

como una agresión que como una defensa,

Pero, así como en el actual gobierno democrático se están construyendo políticas especial de apoyo a la juventud discriminada, a la mujer postergada, a los trabajadores y sectores populares marginados de la sociedad, este Partido tiene la obligación de crear mecanismos que rompan las postergaciones y discriminaciones internas.

No es otro el propósito de la discriminación positiva, que intenta garantizar la presencia de las mujeres en todas las instancias partidarias, en un porcentaje no inferior al 20%.

No es dádiva ni humillación, es pura constatación de una difícil realidad que, cualquiera sea la razón que quiera esgrimirse, ha mantenido a las mujeres militantes bastante ajenas de las esferas reales de poder y decisión dentro de nuestro Partido”.

Pese a los duros debates en torno al mecanismo, el evento decidió apoyar una resolución anteriormente adoptada por el Comité Central del PS, en orden a establecer en todas las instancias de dirección partidaria un piso de un 20% de mujeres, como mínimo.

Finalmente –en lo que según varias asistentes fue uno de los momentos más álgidos del encuentro- se procedió a elegir la directiva de la naciente Unión de Mujeres Socialistas, en un esquema de consenso que buscó integrar a las representantes de las diversas vertientes, históricas y no históricas, que habían convergido en el proceso de reunificación socialista. En total, se estableció un colectivo de dirección formado por 31 militantes, y un ejecutivo conformado por dos presidentas, Fidelma Allende y Gloria Rodríguez -con iguales responsabilidades- y una secretaria general, Ana Bell.

El periódico socialista “U y L” consignó en sus páginas las opiniones de las tres dirigentas mandatadas para dirigir la UMS.

Según Fidelma Allende:

“el temario planteaba proponer una estructura orgánica, acorde con la nueva realidad del Partido, y un nombre para esta instancia; definir un programa para

la transición y, por supuesto, discutir y analizar los grandes problemas que inquietan y preocupan a las mujeres socialistas y a las chilenas en general. No estuvieron ajenos a temas como la discriminación, los derechos humanos, la mayor participación de las compañeras en todos los niveles de dirección del Partido, etc. El objetivo central de esta conferencia era avanzar en el proceso de unidad de las mujeres del PS, tanto a nivel de dirección como en los regionales y seccionales, además de elegir a sus mandatarias.

Sin entrar en detalles, creo que los objetivos planteados fueron cumplidos. Tenemos un nombre: Unión de Mujeres Socialistas, diseñamos una estructura nacional y un programa de trabajo y elegimos una dirección nacional de consenso unitaria, que incluye dirigentes de las regiones.

Contamos con un deseo fervoroso de unidad socialista expresado en forma reiterativa, con un potencial político incalculable, que puede convertir a nuestro partido en un mediano plazo, en la gran fuerza política que anhelamos. La tarea de la dirección es pulir, moldear capacitar a todo el contingente de mujeres y jóvenes del Partido.

Se expresó también en la conferencia un gran deseo de participación, de ser útil y de concretar la democratización al interior del partido y en toda la sociedad.

En suma, la conferencia de mujeres ha sido reflejo del PS, con sus vicios y virtudes, pero con un impulso revitalizador como lo demostraron las conferencias regionales que contaron con la asistencia de más de cien militantes”⁵.

Por su parte, Gloria Rodríguez valoró que:

“Siendo este nuestro primer encuentro desde la unificación, los resultados del intercambio de opiniones, de la síntesis de prácticas sobre los temas de discusión, ha arrojado resultados trascendentes para nosotras las socialistas. En lo orgánico, ha nacido la Unión de Mujeres Socialistas, instancia que dictará las políticas sobre género que deben ser asumidas por el Partido en su conjunto.

⁵ U y L, Posiciones Socialistas para una Mayoría Nacional, septiembre 1990

En lo ideológico, se ha abierto un debate fraterno en torno a temas como el feminismo socialista e incorporación a la propuesta de sociedad futura; se aprobó la discriminación positiva como mecanismo de sensibilización, aunque se fijó como meta el no tener que recurrir a él, comprometiéndose a ganar los espacios partidarios por las vías democráticas. En lo que respecta a la transición, hemos asumido como tarea esencial el apoyo al SERNAM, el levantamiento de las organizaciones sociales como interlocutores válidos y su acceso al gobierno local.

Habría que destacar del encuentro a lo menos dos cosas importantes. Primero, el cautelamiento de la unidad buscando el consenso en torno a los contenidos políticos, a las tareas del proceso de transición y a la propuesta socialista para el futuro, y segundo, la conferencia mostró la existencia en el PS de un contingente de mujeres socialistas que están profundamente insertas en la vida social, que son motores para muchas organizaciones de base en las regiones de todo el país.

Tenemos un potencial enorme de dirigencia femenina, que merece una atención especial, que debemos desarrollar y capacitar, porque en ella está latente la nueva generación de figuras nacionales que el Partido y el país requieren para construir hoy la democracia que queremos y mañana el socialismo que soñamos”⁶.

Ana Bell, en tanto, sin desconocer que el encuentro a ratos había tenido momentos de duro debate, calificó el evento como la “primera victoria de la Unidad Socialista”:

“Como toda jornada de trabajo en esta época de transformaciones, las discusiones fueron fuertes, incluso ásperas, pero con la virtud de enfrentar opiniones en forma libre y democrática en la búsqueda de soluciones que mejoren la situación de la mujer.

Como toda jornada exitosa, ella ha provocado controversias. Para algunas, las conclusiones no son del alto nivel que se acostumbra en los sesudos seminarios nacionales, para otras los resultados del evento no son todo lo combativo que las prácticas de resistencia suponían.

⁶ U y L, Posiciones Socialistas para una Mayoría Nacional, septiembre 1990

Para la gran mayoría es la alegría de haber concluido un evento nacional con gran diversidad de opiniones, del cual emana una dirección de consenso de las propias mujeres, que potenciará, sin duda, los esfuerzos de organización de las socialistas para responder mejor a los desafíos y aspiraciones de quienes miramos hacia el año 2000.

Nuestra tarea es hacer este gran esfuerzo colectivo para que juntas demos respuestas a problemas de las chilenas, tan diversos como la pobreza, la violencia familiar, asegurar un porcentaje de empleo obligatorio por empresa, la capacitación laboral, la jubilación de las dueñas de casa, el aborto, el sexismo, la deserción escolar producida por embarazos juveniles, las desigualdades legales, nuestro acceso real a la educación, institucionalizar nuestros derechos, estar presentes donde se definen las políticas públicas, etc. Juntas debemos ser capaces de exigir nuestros derechos en la sociedad. Y todo esto tenemos que hacerlo solo con un 20% del cuerpo socialista.

A reafirmar el principio de discriminación positiva, a recuperar la representación estamental, a lograr el derecho a tener nuestra capacitación, nuestro órgano de información propio, nuestros recursos. Chile necesita un Partido Socialista fuerte, el PS necesita mujeres fuertemente organizadas. El futuro próximo debe tener muchas mujeres en el Gobierno, en el Parlamento, en los municipios, en las direcciones de las organizaciones sociales y políticas de este Chile que pelea por la democracia”⁷.

El trabajo de la naciente Unión de Mujeres Socialistas no resultó fácil. A las dificultades que supuso para su funcionamiento el abultado número de integrantes de su comité directivo, el tema de los recursos fue un factor que jugó en contra de su despliegue. Al respecto, Fidelma Allende, una de sus encargadas nacionales, señalaba: “Es cierto, se nos alienta y se reconoce la importancia de la mujer, pero aun no recibimos los recursos mínimos. Los programas están, la orientación está, pero si no hay recursos todo queda en el papel. Y que conste que nosotras mismas estamos viendo todos los caminos posibles para allegarnos recursos. Sin embargo, falta algo más”⁸.

⁷ U y L, Posiciones Socialistas para una Mayoría Nacional, septiembre 1990

⁸ U y L, Posiciones Socialistas para una Mayoría Nacional, septiembre 1990

Socialistas. Pero no es solo poner en marcha. Estamos preocupadas de llegar a la base, levantar una organización fuerte ligada a las organizaciones sociales. Es un trabajo difícil, a veces contra la corriente. No hay recursos, el Partido nos da pocas facilidades pese al apoyo que hemos encontrado en el Departamento de Organización.”

Pese a todo, según el periódico U y L, Fidelma Allende y Gloria Rodríguez tenían “razones para sentirse orgullosas. Lograron que el Pleno del Comité Central se ocupara durante cuatro horas de la necesidad de crear una política socialista para la mujer, y de que finalmente hubiera consenso en torno a que la problemática de la mujer es una preocupación del socialismo a la cual tenemos que levantar respuestas a nivel teórico y práctico, que inserte a este importante sector en la construcción de la democracia y en el desarrollo de nuestro proyecto socialista para la sociedad en su conjunto”.

El camino sería lento. A fines de 1990 se realizan las primeras elecciones abiertas del PS recientemente unificado. En los comicios, se elegirán las nuevas autoridades partidarias en los niveles nacional, regional y comunal. Al Comité Central se presentan 6 listas, con un total de 450 postulantes, de los cuales solo 73 son mujeres. Sintomático aun de las dificultades de las mujeres a la hora de asumir roles partidarios directivos, un solo regional –en todo Chile- queda dirigido por una mujer.

Las mujeres de la unión de jóvenes socialistas

El 27 de agosto de 1989, en el cine “El Biógrafo” de Santiago, se realizó el acto de constitución de la Unión de Jóvenes Socialistas (UJS). Cuatro meses más tarde, el 18 de diciembre, en el Teatro “La Comedia”, se avanzó otro gran paso, con la realización de un acto en el que se procedió a la fusión de los comités centrales de ambas orgánicas, a las que se agregó la dirección juvenil del MAPU.

Dos años más tarde, la UJS realiza su Congreso Carlos Lorca, con el que busca sancionar y legitimar, por la base, el proceso de unidad ya iniciado. El congreso -efectuado en abril de 1991 en la localidad costera de Costa Azul- supuso no solo la unificación de las diversas expresiones en las que se encontraba dividido el socialismo histórico juvenil, sino también la integración de un importante número de dirigentes juveniles del MIR, del MAPU y de la Izquierda Cristiana, además de ex militantes provenientes de las juventudes radicales y comunistas.

En dicho evento se aprobó formalmente la unidad juvenil socialista, a la vez que se dio comienzo a un importante proceso de renovación política, como consecuencia de las diversas visiones y culturas de los sectores que concurrieron a la unidad.

De esa síntesis, se configuraron elementos que permitieron el nacimiento de una nueva y renovada organización socialista juvenil, que entre otros méritos, fue capaz de permear al PS y a la propia Concertación con su particular agenda política. Nuevas reivindicaciones, tales como la ley de divorcio, la ampliación de las libertades (incluyendo la despenalización del consumo privado de marihuana y el establecimiento del aborto terapéutico), la flexibilización del Servicio Militar Obligatorio, la igualdad de filiación de los hijos ante la ley, la incorporación de planes de educación sexual en los currículos de enseñanza media, el fin de la censura cinematográfica, la derogación de la ley de detención por sospecha, entre otras, fueron producto de la discusión iniciada por los jóvenes socialistas a partir de su proceso de reunificación.

Este proceso emergió como un elemento caracterizador y distintivo de la Unión de Jóvenes Socialistas y le permitió adelantarse al propio PS en la adopción de una agenda política de izquierda moderna, en lo referido a comprender lo cultural como un espacio de disputa política, frente a la hegemonía conservadora existente en el país.

En su declaración fundacional la UJS se definió como “un referente unitario” cuyo objeto es “expresar en una sola voz y conducción la política para todos los jóvenes chilenos que se identifican con el ideario y los valores socialistas, sean estos militantes, simpatizantes o independientes”.

El congreso de la UJS arrojó también interesantes resoluciones en lo referido a la situación de las mujeres jóvenes en Chile. “Las mujeres jóvenes sentimos la necesidad de hacer del socialismo una propuesta de cambio, de mantener una idea socialista en hombres y mujeres. Debemos construir una izquierda con rebeldía, claridad y fortaleza frente a los modelos que transforman en desigualdad la diferencia. Por lo tanto, no podemos construir una sociedad más justa, solidaria y participativa y democrática sin superar la condición discriminatoria contra la mujer. (...) No queremos una izquierda por los cambios en la gran política y conservadora en el diario vivir⁹”

⁹ Resoluciones Congreso Nacional UJS “Carlos Lorca Tobar”, Comisión Mujeres

En el ámbito orgánico, se reafirmó la existencia de la Secretaría Nacional de la Mujer "Lilith", como instrumento de organización interna de elaboración del accionar político de la UJS en materia de mujeres jóvenes. En opinión de Carolina Martínez, una militante proveniente de la ex JS Almeyda que llegaría al Comité Central con una de las primeras mayorías individuales en las primeras elecciones abiertas de la UJS y que quedaría al frente del trabajo de mujeres, "se trataba de consolidar un espacio abierto, flexible y colaborativo, para el despliegue del trabajo de mujeres. La comisión y luego secretaria de mujeres tuvo ese carácter, porque además se integraron varias compañeras que venían del MIR o de la renovación, que tenían prácticas más movimentistas, y varias que no necesariamente eran del Comité Central."

La Secretaría Nacional de la Mujer de la UJS agregó una distinción significativa a su identidad: la alusión a "Lilith", la primera mujer, creada por Dios al mismo tiempo que Adán, invisibilizada y censurada por la Iglesia Católica, por tener un carácter fuerte, un apetito sexual declarado y una inteligencia superior a este. Despreciada por Adán y proscrita por Dios, abandonó a su compañero, tras lo cual Dios habría creado a Eva. Para asegurarse de que fuera sumisa, la habría creado de una de las costillas de Adán.

En el ámbito político, las mujeres de la UJS resolvieron -en pro de dar pasos para lograr la representación de la mujer en cargos de dirección política- "reafirmar la acción positiva en un 20%, siendo esta una medida transitoria que se hace cargo de una situación política de postergación". En este mismo ámbito, proponían la extensión de esta medida a los órganos directivos de cualquier organización en los ámbitos público y social.

Además, se pronunciaron por asumir, "como tarea urgente, crear identidad de género al conjunto de las mujeres jóvenes, sin distingo de clases y categorías, ya que considerado este elemento lograremos efectivamente transformar y potenciar el desarrollo del liderazgo femenino a través de la organización funcional o territorial autónoma que generan las mujeres, como movimiento reivindicatorio y transformador"¹⁰.

¹⁰Resoluciones Congreso Nacional UJS "Carlos Lorca Tobar", Comisión Mujeres

En lo ideológico y programático, proponían “el reconocimiento y el respeto del aporte del feminismo al socialismo y la incorporación de los derechos de la mujer a los aportes fundacionales de la Juventud Socialista”¹¹.

Las resoluciones abordaron también acciones concretas en el ámbito de la sexualidad juvenil. Al respecto, las mujeres de la UJS señalaron que “uno de los temas de mayor relevancia hoy en Chile que necesitan ejecución política de desarrollo por el conjunto de la Juventud, debe ser asumir el tema de la sexualidad en forma integrativa (sic) o sea, visto de la perspectiva de la planificación familiar, donde derivan subtemas de real importancia como: educación sexual acorde con el crecimiento, embarazo adolescente, inserción social y aborto”¹².

En estas materias, el congreso resolvió generar iniciativas tanto de denuncia como de propuestas al conjunto de la sociedad (vía la constitución de un equipo técnico legislativo) en materias de educación sexual, embarazo adolescente y reinserción social. Específicamente en el tema de aborto, la Unión de Jóvenes Socialistas resolvió “promover la despenalización del aborto, en beneficio del aborto terapéutico, como avance ante los más de 38.000 abortos actuales detectados en forma clandestina los cuales poseen repercusión tanto psicológica como social”¹³.

Conclusión y desafíos para el futuro

El proceso de la unidad socialista no fue fácil de realizar, pero era un hecho necesario. En el caso de las mujeres, cada vez que se ha actuado con unidad en la acción al interior del Partido Socialista, se ha logrado correr el cerco. Fue en el año 1933 que en el acta fundacional del partido queda explícito que uno de los principios será la “reivindicación de los derechos de la mujer”, luego en los primeros programas socialistas de los años 30’ donde se rechaza el modelo de la sociedad conyugal, se está a favor del divorcio, se apela por la “matría potestad”, y se aboga por una igualdad ante la ley para hombres y mujeres. Las cuotas de género al interior de la orgánica de las instancias partidarias (primero del 20%, luego del 40% y finalmente la paridad) también fue producto de la unión de las mujeres socialistas. Hasta definirnos como un partido feminista y antipatriarcal en el año 2019. Todo lo que hemos avanzado se lo debemos a todas las mujeres socialistas que fueron abriendo paso a la participación de las mujeres en la política.

¹¹ Resoluciones Congreso Nacional UJS “Carlos Lorca Tobar”, Comisión Mujeres

¹² Resoluciones Congreso Nacional UJS “Carlos Lorca Tobar”, Comisión Mujeres

¹³ Resoluciones Congreso Nacional UJS “Carlos Lorca Tobar”, Comisión Mujeres

La lucha de las mujeres ha estado marcada por la convicción de justicia e igualdad. La importancia de las mujeres socialistas en el proceso de reunificación radica en el hecho que fueron ellas quienes pusieron sobre la palestra la problemática de la desigualdad de género, y que el Partido Socialista hiciera suya esta demanda.

Hoy, en el año 2019, la desigualdad de género sigue siendo uno de los problemas estructurales que atraviesa nuestra sociedad. Declararnos feministas implica que el partido entiende que las fuentes de las desigualdades y las discriminaciones ya no es solo la clase, sino que la clase y el género.

La unidad del partido, y en particular de las mujeres socialistas, va a derivar en la construcción de un proyecto político de futuro que nos permita avanzar hacia un proyecto de sociedad basado en la igualdad. Para esto, debemos seguir trabajando para dignificar la política, con el objetivo de mejorar las condiciones de los sectores más perjudicados de nuestro país. Aún quedan muchas tareas pendientes, y trabajar por un país más justo e igualitario para todos y todas es una tarea a la cual se nos convoca diariamente.

Por la memoria de las mejores de las nuestras, debemos seguir luchando incansablemente.



**PARTIDO
SOCIALISTA
DE CHILE**

EL VALOR DE LA UNIDAD SOCIALISTA

Camilo Escalona Medina

Ex presidente del Partido Socialista

INTRODUCCIÓN

En el año 2019, al igual que en 1988, el mes de Octubre resultó decisivo en la marcha del país, cambiando decisivamente el rumbo de la situación nacional por la irrupción de un masivo y potente movimiento social cuyo contenido esencial es el cansancio con la profundización de la desigualdad en Chile y el agobio generado por las estructuras económicas y sociales que, no obstante, el retorno de la democracia se han mantenido imperturbables en su acción de perpetuar y ensanchar las desigualdades existentes en nuestra patria.

Estas manifestaciones surgidas en el rechazo al aumento de las tarifas en la red del metro en Santiago se extendieron por todo Chile y movilizaron a las calles a millones de personas, como no ocurría desde las multitudinarias marchas del NO, en 1988, realizadas entonces por la libertad para Chile.

Al momento de constituirse el Comando del NO, en febrero de 1988, el socialismo chileno se encontraba dividido en múltiples orgánicas que debilitaban severamente su fuerza política y social, facilitando con ello la supremacía del centro político en el ancho bloque de las fuerzas democráticas opositoras a Pinochet.

La unidad socialista alcanzada en diciembre de 1989 fue la respuesta a esa cruda realidad política, efectuada con la voluntad de acentuar la gravitación de la izquierda chilena en la transición democrática. Hoy se hace necesario pasar revista a la significación que tuvo la unidad socialista en su perspectiva en el tiempo, observando acontecimientos decisivos para la historia de Chile desde entonces.

LA UNIDAD SOCIALISTA FUE FUNDAMENTAL

En los últimos días de diciembre de 1989, dos semanas después de la victoria política y electoral en las elecciones de Presidente de la República y al Congreso Nacional, en el inicio de un nuevo periodo histórico, tenía lugar la reunificación del Partido Socialista de Chile.

Desde el cruento golpe militar que derribó el régimen democrático, el 11 de septiembre de 1973, y la instauración de la dictadura ultraconservadora, el Partido Socialista vivió sucesivos quiebres políticos y orgánicos como consecuencia de las durísimas divergencias que le afectaron antes y durante el gobierno liderado por el Presidente Allende, y sufrió agudamente el doble efecto de una represión implacable y de sus divisiones políticas y de liderazgos.

Al quedar suprimidos todos los resortes institucionales y los espacios democráticos de resolución de las diferencias, en el encierro obligado que genera la ilegalidad, en una dramática lucha por la sobrevivencia tanto partidaria como individual, las divergencias se fueron acumulando y agravando hasta desencadenarse una verdadera cascada de conflictos y contradicciones a partir del quiebre de Mayo de 1979, en que se formaron las dos expresiones orgánicas fundamentales de la diáspora socialista, bajo los liderazgos de Carlos Altamirano y Clodomiro Almeyda.

En 1967, en el Congreso de Chillán, con el impacto producido por la revolución cubana en América Latina, la resolución política adoptó la tesis que la "vía electoral" estaba agotada. Se absolutizaba la experiencia de la revolución cubana y se volvía al error acaecido con la revolución rusa, en los años 20, la tentación de copiar y trasplantar experiencias ajenas. El "foquismo" desplazaba la convicción que la "lucha de masas" era el instrumento fundamental de la brega democrática y revolucionaria. El error de fondo consistió en confundir la irreparable debilidad estructural de dictaduras ilegítimas, corruptas y oprobiosas que se desploman en una crisis política, acelerada por una sublevación popular o un foco guerrillero, como la de Batista en Cuba, con la idea que "la construcción del socialismo" estaba "a la orden del día", que la consecución del objetivo final no era una cuestión de la madurez de condiciones objetivas que no se crean por un simple deseo o arenga, sino que simplemente debían obedecer a la "voluntad política" de la vanguardia política organizada.

Por eso, se llegaba a desconocer el valor estratégico del largo camino de lucha contra la desigualdad y de reformas de la izquierda chilena, iniciado por Recabarren, a fines del siglo XIX, y continuado por miles de luchadores, a través de una brega durísima, de varias décadas, por el movimiento obrero y popular, así como, por las fuerzas de izquierda y de avanzada social. En el mejor de los casos se le asumía como “testimonial” y no como parte del esfuerzo de insertar en el régimen político las demandas populares para reformar y forzar la transformación institucional del país.

En medio de esas controversias previas a las elecciones presidenciales de 1970, se formularon tesis dogmáticas, frases desafortunadas que menospreciaban el valor universal de la democracia, ignorando que surgió de duras batallas con las monarquías oscurantistas que detentaban el poder absoluto, menoscabando la larga lucha de los Partidos obreros y populares por establecer y consolidar el régimen democrático frente a la política de las oligarquías de América Latina empeñadas en instaurar tiranías castrenses o de caudillos autoritarios, instrumentos permanentes en la usurpación del patrimonio de las naciones y brutales represores de los requerimientos en educación, vivienda, atención sanitaria y en su rechazo a los derechos políticos y sociales de los trabajadores.

Ante el ideologismo de ultraizquierda y su ninguneo de las luchas sindicales y campesinas por sus derechos fundamentales, se facilitaba la demagogia oligárquica, la que negó siempre los Derechos y libertades democráticas, que masacró, oprimió y que se aprovechó una y otra vez de cualquier circunstancia para apropiarse falazmente del valor universal de la gobernabilidad democrática.

En América Latina, la desigualdad estructural estuvo en el origen de la formación del Estado y fue protegida en cada brutal represión, en las explotaciones agrícolas y forestales bananeras o de caucho, en los arrozales, viñedos, plantaciones de trigo y maizales, en los piques mineros, en las protestas de los pobladores o frente a las movilizaciones estudiantiles, negándose a las peticiones del magisterio o de los funcionarios públicos, donde se levantó una barrera de contención al progreso social estuvo la oligarquía dominante negando la democracia y acumulando riquezas, y cuando sus instrumentos coercitivos fallaron recurrió a la intervención militar norteamericana.

Por tanto, la izquierda y el movimiento obrero y popular -aun con sus imperfecciones-

fueron y son, en América Latina, el más genuino y auténtico promotor de la democracia y sobre ello no debía haber duda alguna, lo que en forma lamentable tendía a perderse de vista en el debate acerca de la “ineluctable” instauración inmediata del socialismo, desvalorizando su ruta primordial: la sucesiva profundización de la democracia.

No obstante, a fines de 1969, el Pleno Nacional del Partido Socialista, liderado por el Secretario General, Aniceto Rodríguez, proclamaba a Salvador Allende como su abanderado a Presidente de la República, así el líder socialista de tantas batallas era llamado a dirigir el bloque político transformador y reunía en torno a su postulación a un amplio arco de fuerzas populares y democráticas que le permitieron el triunfo en las elecciones del 4 de Septiembre de 1970.

El triunfo del camino reformista, del esfuerzo titánico para alcanzar y consolidar el desarrollo de la conciencia popular, la ruta del reconocimiento de los propios intereses de la clase trabajadora, desechando grupos de efímera existencia, en suma, la “vía chilena” de Allende, victoriosa mediante el ejercicio del sufragio universal, se convertía en una victoria de enormes repercusiones internacionales y cambiaba el escenario político de América Latina.

En consecuencia, la realidad fue más potente que mil teorías y quedó zanjado que “la vía chilena” era el camino, que la comprensión cabal de la realidad nacional y de la correlación de fuerzas políticas y sociales posibilitaba una estrategia válida que, a través de la sucesiva profundización de la democracia, se fuera abriendo paso en medio de los enormes obstáculos situados ante el pueblo chileno y su brega por alcanzar la ruptura de la dependencia y un segundo modelo de transición al socialismo como propiciaba el Presidente Allende.

Pero, el planteamiento allendista no convenció a quienes despreciaban esa estrategia de avances graduales por entenderla una vía reformista que entregaba o al menos postergaba los objetivos estratégicos, cuya lógica pedía agudizar y forzar el proceso de cambios con “la toma del poder”, era una visión simplista, dogmática o rudimentaria de la línea política a seguir, de muchas palabras y ningún efecto práctico.

Las consignas maximalistas seguían con la falsa idea que el socialismo se “instaura” de un día para otro. De esta visión elemental del cambio social, de personas que se

autodefinen como “marxistas”, el propio Marx dijo alguna vez que, si el marxismo fuera lo que esos dogmáticos dicen, por supuesto, el no podría ser “marxista”.

La dura resistencia del conservadurismo ancestral de la derecha, el rechazo al cambio social de los grupos oligárquicos y la conspiración impulsada y financiada desde Estados Unidos, que ejerció todo el peso de su presión injerencista sobre el centro político y la derecha, que alentó la deliberación golpista en el sector castrense, más los diversos enfoques existentes en los Partidos de la Unidad Popular, generaron un escenario de paulatina agudización de las diferencias políticas y económicas existentes al interior del bloque popular. El dogma, instalado en cada Partido acerca de la “vanguardia” como única depositaria de la verdad alimentó el sectarismo y generó un escenario de pugnas y disensiones que fue inmanejable. Así, no hubo una estrategia compartida para la conducción del proceso de transformaciones estructurales como la situación lo tornaba indispensable.

La unidad de acción de los Partidos con el Presidente Allende no tuvo la consistencia ni la coherencia que eran necesarias. Hubo divergencias que privaron al gobierno popular de la capacidad de tomar acuerdos prontamente, con la consistencia que se requería y que el Presidente Allende pedía. Ello generó un espacio funcional para la estrategia desestabilizadora de la conjura golpista que fomentaba cada día la imagen de desgobierno en el país. Las directivas de los partidos exigían participar en la toma de decisiones, pero sus insolubles diferencias y la incapacidad de resolverlas, alargándose indefinidamente las discrepancias, creaban un vacío político direccional de funestas consecuencias.

De modo que al momento del golpe de Estado se vivían agudas diferencias en las organizaciones de izquierda, las mismas que acrecentadas por el impacto de la derrota quedaron fuera de control. En el Partido Socialista se formaron dos centros de conducción paralelos, la Dirección Interior, con el compañero Exequiel Ponce como Secretario General en Chile que inició el largo camino del reagrupamiento de fuerzas para derrotar la dictadura y la Coordinadora Nacional de Regionales, que agrupaba el inconformismo de quienes en su seno impulsaron una consigna valiente pero impracticable, “Por el Socialismo ahora, cueste lo que cueste”.

Ahora bien, la represión fue implacable y ambos centros de dirección política fueron desarticulados por el terrorismo de Estado, aún acosados, en una verdadera proeza

de la resistencia popular y democrática, ambos núcleos de conducción socialista lograron persistir en su voluntad de no someterse al régimen de Pinochet hasta mediados de 1975. Con una voluntad política inquebrantable se mantuvieron en la lucha, pero el terrorismo de Estado les fue cercando inevitablemente.

En particular, la Dirección Interior, con los compañeros Ponce, Lorca y Lagos Salinas, fue reconocida como la representación política y orgánica a la cabeza de la lucha de los socialistas en Chile por el Pleno de La Habana, de Marzo-Abril de 1975. Como esa resolución fue transmitida a Chile a través de la prensa internacional, con más saña el aparato genocida del régimen les persiguió sin tregua hasta apresarlos y hacer desaparecer. Asimismo, en ese periodo dramático fueron eliminadas brutalmente las direcciones políticas del Partido Comunista y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

No obstante, el impacto devastador de la represión y de la desarticulación de la Dirección Interior, los socialistas dentro de Chile no se sometieron y se fueron reagrupando y ya en el curso del segundo semestre de 1976 cobraba vida una resolución política del Comité Central en el Interior, que reflejaba los esfuerzos de reorganización del socialismo que fructificaron en el Pleno de Argel, evento realizado en Berlín, en los primeros meses de 1978, que designó formalmente un Comité Central en el Interior y un Secretariado Exterior, ratificando a Carlos Altamirano, como Secretario General.

Sin embargo, los positivos avances de esta dura brega y las resoluciones políticas que apuntaban a unir en la lucha contra la dictadura a un amplio bloque político y social del conjunto de la oposición chocaron con la agudización de las tensiones en la conducción política, sobretudo en el exilio. Como un tren que avanza veloz, pero sin frenos, se precipitó la división del socialismo de mayo de 1979.

Ese quiebre direccional no concluyó en sus propias y lamentables consecuencias de una confrontación que separó en formaciones rivales durante varios años al Partido Socialista, sino que fue una puerta de ingreso a una larga etapa de fracturas y divisiones que afectaron severamente la capacidad del socialismo chileno para luchar y unir a los demócratas opositores al régimen y resistir en una brega tan ardua, dura y agobiante como fue alcanzar la derrota política de la dictadura ultraconservadora. En el clima generado por la división las divergencias se extremaron

y la diversidad de esfuerzos, en que surgían lógicas diferencias tácticas para desplegar la brega democrática en el plano social, territorial y de las formas de lucha se convirtieron en obstáculos insalvables, alimentando sin quererlo, el permanente y maquiavélico trabajo de la dictadura y de la derecha para fomentar la atomización de la oposición y, en particular, la dispersión de la izquierda.

Fue un ciclo penoso porque del propio impulso de la lucha popular se generaban los anticuerpos e inconformismos que cuestionaban los avances logrados en el tesonero batallar por la democracia. Las protestas populares surgidas en Mayo de 1983, convocadas en su inicio por el Comando Nacional de Trabajadores, fueron un potente factor aglutinador, pero también empezaron a ser cuestionadas cuando aparecieron las primeras dificultades, por lo demás inevitables por su propio carácter. Sin embargo, las protestas populares fueron esenciales para romper el receso político y desafiar la continuidad del régimen dictatorial, en tal magnitud que forzaron la caída del gabinete de ministros, los más obsecuentes al dictador, pero obtusos inoperantes ante la crisis abierta por el pueblo con las protestas populares y obligaron a la declaración del Estado de Sitio, en agosto de 1983, con ello las principales ciudades, en especial, Santiago, fueron copadas y saturadas de tropas frenéticas que no trepidaron en generar una represión que costó muchas decenas de vidas de personas, que se atrevían a exigir libertad!! en las calles de Chile.

En el mismo periodo se formalizaron los dos bloques de alianza que actuaron en el periodo, la Alianza Democrática y el Movimiento Democrático Popular, que jugaron un rol esencial en el reagrupamiento de la oposición, hasta la formación en 1988 del Comando por el No, antecesor de la Concertación de Partidos por la Democracia que, de bloque opositor en 1989, se transformó en alianza de gobierno en 1990.

La estrategia de perpetuación institucional de la dictadura condujo paradójicamente al escenario político y social que posibilitó un amplio entendimiento de las fuerzas de oposición, consiguiendo con ello echar las bases de la derrota política de Pinochet en el Plebiscito del 5 de Octubre de 1988. La unidad de todas las vertientes políticas y culturales en la opción NO cambió la ruta del país e impuso el retorno a la democracia. La estrategia del NO derrotó las tendencias a la disgregación y generó la unidad de la oposición.

Por qué se presenta en forma permanente una inclinación a la dispersión en las fuerzas políticas que se proponen el cambio social?

Las causas deben ser muchas, pero no porque se explique el hecho desaparece o pierde sus efectos nocivos. En el fragor de la guerra fría lo habitual era culpar a la CIA, por razones obvias ese argumento perdió todo sentido con el fin de la Unión Soviética, aunque la política intervencionista de Trump lo ha revivido para muchos analistas. Pero, obviamente hay algo más.

En el actual escenario político mediático, el liderazgo de hace algunas décadas, de sólidas y coherentes argumentaciones, de potentes exponentes del pensamiento transformador de la izquierda y otras formaciones progresistas ha devenido en irrefrenables personalismos que tras la ansiada presencia mediática recurren a cualquier expediente, incluso denostar a sus propios Partidos, con el objetivo de lograr algunos minutos televisivos. Hay quienes decidieron que una cuña golpeadora, dada en una oportunidad afortunada ha llegado a valer más que la trayectoria política de una lucha de toda la vida.

Así, el ejercicio político decisivo cambia de naturaleza, deja de estar constituido de lealtades por ideales o convicciones programáticas forjadas en muchas jornadas, sino que el propósito pasa a ser como conseguir unos cuantos segundos en el bloque informativo o encontrar la expresión milagrosa que se transforma en la palanca que lleva a la meta de sobresalir individualmente por encima de la causa común. Con ese criterio la política se convierte en farándula y se banaliza. En este cuadro, el ascendente social de la actividad política se ha ido desmoronando inexorablemente.

Rectificar esa mentalidad no es la única tarea pendiente. A pesar de su larga experiencia de lucha, la izquierda no ha logrado aceptar, en plenitud, su inherente diversidad. Esta viva la cultura política que lleva a que una parte sienta que posee la verdad, que la misma le pertenece en forma irreductible. Por el contrario, la lucha del socialismo en el mundo, desde que Marx impulsó la Primera Internacional en 1864, donde coexistieron los fundadores del movimiento obrero, de ideas anarquistas, socialistas y comunistas, desde entonces, se confirmó definitivamente que no hay quien posea la verdad absoluta.

El objetivo es lograr que el análisis de los hechos, de la realidad que condiciona el acontecer nacional y de la experiencia que permite ver tendencias o comportamientos, podrá prever el curso de los acontecimientos, pero no existe aquel Partido o fuerza infalible, que nunca se equivoca y que jamás ha cometido un error, el que así lo cree será víctima de una ficción.

Ahora bien, la derrota de la derecha tiene como condición que la izquierda sienta esa diversidad como una de sus cualidades fundamentales. En la globalización cada sociedad nacional es única, y dentro de cada realidad nacional se expresa una amalgama que conlleva ideas, culturas, ideologías, religiones, representaciones, sentimientos e intereses de una variedad y extensión que resulta imposible uniformar y menos reducir a un pensamiento único.

Hay que subrayar que no se trata de fijar artificialmente un “justo” punto medio que puede conducir a nada. Hay que saber asumir qué hay posiciones radicales y moderadas, en una perspectiva programática habrán unas opiniones idealistas y otras pragmáticas, habrán cambios políticos en unos y otros vinculados a los grupos sociales que se piensa representar, al peso y autoridad de las creencias y la religión, así como surgirán nuevas expresiones sociales y culturales en el inevitable ir y venir de la evolución humana, de sus aprendizajes y de la transformación de la cultura, el pensamiento, los hábitos y del impacto científico y tecnológico.

En 1990, la instalación del gobierno civil liderado por Patricio Aylwin fue la expresión institucional de un nuevo contexto nacional y de una situación de amplias perspectivas para rehacer la convivencia nacional, restablecer el sentido de país y reconstituir un Estado capaz de resguardar el bien común y orientar la tarea hacia un país inclusivo y solidario. En definitiva, la reconstrucción de la gobernabilidad democrática en Chile.

Sin embargo, las fuerzas conservadoras cohesionadas por el paradigma neoliberal presentaron tenaz resistencia al cambio democratizador y defendieron a brazo partido cada una de las injusticias y discriminaciones que expresaban su dominación y los instrumentos institucionales que protegían sus abusos y privilegios. Así, el camino democrático se extendió mucho más de lo que es entendible en la actualidad por muchos analistas que estudian los hechos con posterioridad a los propios acontecimientos. La gran paradoja de la transición chilena fue que terminó la dictadura, pero no se derrumbó la institucionalidad diseñada por el autoritarismo neoliberal para excluir la participación ciudadana, a las fuerzas democráticas de izquierda y perpetuar la desigualdad en Chile.

De modo que las políticas institucionales pasaron a estar en el centro de las tareas esenciales del nuevo gobierno de transición. En la ruta hacia la estabilidad estaba

instalado como un requisito no escrito, pero insoslayable el carácter de la institucionalidad y el tema de los Derechos Humanos. La misma transición tuvo que resolver el dilema entre una gobernabilidad democrática a secas, fundada en la voluntad soberana de la ciudadanía o el esquema pinochetista de la democracia bajo tutela.

Asimismo, se requería saber la verdad sobre lo sucedido, que había pasado con los detenidos desaparecidos y cuál fue la acción del terrorismo de Estado, como fue posible que las mismas Fuerzas Armadas comandadas por los generales René Schneider y Carlos Prats fueran rigurosamente respetuosas de la legalidad democrática y luego del funesto golpe de Estado de Pinochet, se abalanzaran en los hechos, de un día para otro, sobre la clase trabajadora y la civilidad del país aplastando, humillando y asesinando a personas indefensas, incluso a sus propios colegas de armas que no se dejaron llevar a la barbarie.

Era parte del desafío de la reconstrucción democrática conocer la verdad y bregar por la justicia, se debía la responsabilidad de los uniformados que tuvieron la totalidad del poder para reprimir con total impunidad y que con Pinochet seguían resguardándose en posiciones clave de la estructura castrense, amenazando a la autoridad civil gracias al control del monopolio de las armas. No era un misterio que numerosos oficiales destinados a la DINA, en los peores momentos del terrorismo de Estado, permanecían amenazantes en el Alto Mando, inamovibles por las leyes de amarre del dictador, convenientemente aseguradas por el obsecuente apoyo de la derecha civil. Uno de esos generales que mancharon el uniforme del Ejército y traicionaron el honor militar practicando el terrorismo de Estado ni siquiera cumplió con su deber reglamentario de saludar al Presidente Aylwin al darse inicio a la Parada Militar, en 1990, guardó silencio y se retiró sin solicitar la autorización correspondiente. En el presente, algunos de ellos, tienen sentencias ejecutoriadas por 300 o más años de prisión por los crímenes de lesa humanidad que cometieron.

Por eso, en los inicios de su mandato, el Presidente Aylwin, con la formación de la Comisión Rettig, sobre Verdad, Justicia y Reparación, tomó con coraje una decisión fundamental. Su misión fue establecer una verdad histórica, una base esencial que fuera incontrovertible acerca de las violaciones a los Derechos Humanos en el régimen militar. Debía ser transversal, en una auténtica aplicación del concepto, es decir, contar con personas aceptadas en su legitimidad moral para acometer una

labor de tanta trascendencia cubriendo un arco cultural y político que también lograra ser efectivamente de una dimensión nacional.

Asimismo, el ministro de Justicia, Francisco Cumplido, recibió el encargo presidencial de formular y redactar un conjunto de reformas legales, algunas permanentes y otras transitorias, con vistas a lograr la libertad de los presos políticos recluidos por su participación en la lucha contra la dictadura. Estas modificaciones, conocidas como las leyes Cumplido, fueron aprobadas después de un arduo trámite legislativo en que sobresalió el tenaz aporte del diputado Andrés Aylwin, que no descansó hasta su promulgación.

Con la misma urgencia se presentaba la necesidad de enfrentar la llamada “deuda social”, heredada del régimen dictatorial, con perseverancia se logró el trámite de una reforma tributaria transitoria con el objetivo de financiar demandas inaplazables de la lucha contra una lacerante pobreza de más de un tercio de la población; en especial, el déficit habitacional, las carencias educacionales y el absoluto deterioro del sistema de salud pública exigían urgentes inversiones para entregar mínima dignidad a millones de personas.

Resulta imposible entender ese momento histórico y sus desafíos sin internalizar y asumir la madurez ejemplar de chilenos y chilenas que respaldaron el restablecimiento de la autoridad civil, repudiaron a Pinochet y sus presiones extrainstitucionales y también rechazaron el bloqueo de la derecha en el Parlamento; la madurez y la perseverancia del movimiento popular, fueron el soporte social sobre el cual, paso a paso, se logró la reimplantación de la democracia en nuestro país. Ese amplio acuerdo social, tuvo un justo intérprete en la Concertación de Partidos por la Democracia cuya cohesión tras el gran objetivo de la reimplantación de la democracia jugó un rol esencial.

En ese contexto, la unidad socialista fue determinante en la transición democrática, dotó al bloque de gobierno de una mayoría nacional que fue capaz de doblegar la resistencia civil del núcleo rector de la derecha económica cuya pretensión era inviabilizar cualquier avance social durante la transición democrática. Se unían en el miedo a la democracia. La gobernabilidad democrática que impidió la regresión a la dictadura mostró la validez del acuerdo entre el centro y la izquierda para derrotar a la derecha.

La cofradía pinochetista esperaba el desgobierno surgido de una administración civil sobrepasada por la conflictividad social que heredaba de la propia dictadura; pero los que habían luchado más de una década por la libertad y la democracia no cayeron en la trampa y su responsabilidad histórica anuló el propósito del centro rector de la ultraderecha que esperaba la inestabilidad política y social para recuperar el poder.

En efecto, la intención desestabilizadora del pinochetismo, que escogió como símbolo al general Cincinato, que después de su retiro es llamado a Roma para reponer el orden en medio de una caótica situación creada por las disputas políticas, esta idea que hizo pública a la salida de una reunión con incondicionales no encontró terreno para ser llevada a la práctica, porque hubo otro diseño estratégico, de unidad democrática y cambios graduales, que fueran capaces de asegurar la estabilidad democrática y contener la latente intromisión castrense, aislando al núcleo de mayor injerencismo del desplazado régimen dictatorial.

Sin embargo, a fines del gobierno de Aylwin se generó una ruptura temporal, pero de gravedad, en la cohesión en la Concertación, en junio de 1993, por el envío de un proyecto de ley para “resolver” el tema de los Derechos Humanos. Un episodio que pudo ser funesto en la proyección del entendimiento de los demócratas chilenos, que se generó como consecuencia de la acción extrainstitucional de Pinochet, el llamado “boinazo”, para presionar a la autoridad civil, encontrándose el Presidente de gira, en Suecia. Los interlocutores gubernamentales, los ministros Krauss y Correa, fueron incapaces de rechazar el chantaje castrense, el ex dictador a través de su “representante”, el general Ballerino, les urgió a la “pronta solución” de la inquietud en las filas castrenses por las denuncias en los Tribunales de Justicia, hechas por las familias de las víctimas en búsqueda de sus seres queridos detenidos desaparecidos o reclamando que se investigara la muerte de los ejecutados políticos, causas que con el transcurso de años, meses y semanas alcanzaban ya muchos centenares.

El cinismo de Pinochet le hizo plantear reiteradas veces, ese mismo falso dilema, la responsabilidad no era de los sádicos torturadores de la DINA sino que del gobierno civil porque no “acallaba” el legítimo clamor de las familias de las víctimas. Sin embargo, lo que verdaderamente importaba a Pinochet era detener la investigación por los llamados “pinocheques”, un negociado que lo comprometía a él y a uno de sus hijos en la sustracción de cerca de mil millones de pesos de la época, cuyo impacto amenazaba con defenestrarlo estrepitosamente.

El resultado de la crisis fue el envío de un proyecto de ley enviado al Congreso Nacional que proponía generar mecanismos que posibilitaran declaraciones secretas u otros mecanismos para acceder a la verdad, pero introducían un artículo de discrepancia terminal, de impasse absoluto, el sobreseimiento definitivo de las causas, luego de un tiempo de entrar la ley en vigencia. Incluso en el caso de no obtenerse información alguna. Así no habría ni verdad ni justicia, porque aquel testigo o ejecutor que temiera ser encausado algún día y que ello le hiciera ir a entregar información resguardándose en el secreto allí permitido, ese hipotético declarante no tendría más que esperar un tiempo para quedar exento de cualquier responsabilidad jurídica.

Por tanto, el proyecto fue inaceptable para el Partido Socialista, no obstante, su participación en el Gobierno que lo enviaba; en tales circunstancias, su Presidente Germán Correa, trasladó la decisión a la bancada de Diputados, pidiendo que lo que se acordara fuera por el conjunto. Después de un tenso pero fraternal debate los diputados socialistas acordaron rechazar el proyecto, lo que fue asumido de manera unánime y puesto en conocimiento del ministro de la Presidencia, Edgardo Boeninger, en la Sala de reuniones de la Presidencia de la Cámara de Diputados, por el jefe de bancada, Camilo Escalona. El texto fue aprobado en la sesión de sala, con el voto en contra de los socialistas. Pero el Presidente Aylwin dejó morir el proyecto al pasar de la Cámara al Senado, sin activar la urgencia necesaria para tramitarlo.

Una situación similar ocurrió en el Gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle, con la iniciativa que fue conocida como ley Figueroa-Otero, por los apellidos del ministro del Interior y del senador de Renovación Nacional que lo suscribió. En esencia, en el ámbito jurídico se repetía lo mismo que ya había fracasado, pero la coyuntura era diferente, se vivía el desacato de Pinochet, aún Comandante en Jefe del Ejército, gracias a la cláusula constitucional de inamovilidad, que usaba para negarse al cumplimiento del fallo a condena de cárcel a Manuel Contreras por el asesinato de Orlando Letelier y Ronnie Moffit en Washington, en 1976. Una sentencia que al fin rompía la impunidad del mayor terrorista de Estado en la historia de Chile.

El caso Letelier fue un caso de terrorismo de Estado sin precedentes que, al ejecutarse en plena capital norteamericana, provocó un cuadro extremo de tensiones con los Estados Unidos, en momentos que era liderado por el líder demócrata, James Carter, viéndose obligado Pinochet a disolver y reemplazar la DINA

por la CNI y pasar a retiro a Manuel Contreras. Aún más, al hacer aprobar la ley de amnistía o autoperdón en abril de 1978, el dictador se tuvo que resignar a la exclusión del caso Letelier, lo que permitió retomar el proceso en democracia y condenar al entonces intocable jefe de la ex DINA.

En el caso de la ley Figueroa-Otero, en 1995, fue el Comité Central del PS, la conducción política partidaria, la que asumió la responsabilidad de tomar la decisión, luego de una ardua discusión en que fue decisivo el rol de la abogada de Derechos Humanos, Pamela Pereira. Así por una amplísima mayoría se rechazó ese cuerpo legal que, finalmente, no tuvo respaldo político para ser tramitado. Me correspondió comunicarle al ministro del Interior, Carlos Figueroa, como Presidente del Partido, la decisión en contra que tensionó al máximo las relaciones en la Concertación, entre el PS y el Ejecutivo, pero que era una decisión socialista previsible e inevitable.

Así, la reunificación del socialismo chileno en una sola formación política nacional posibilitó que lograra contener y evitar que se concretaran esas erradas decisiones políticas, generadas por el chantaje castrense no siempre resuelto en forma certera o apropiada por la autoridad civil, tales proyectos pudieron transformarse en errores históricamente garrafales y odiosos instrumentos que se hubieran interpuesto fatalmente en el camino de la verdad y la justicia.

En el ámbito social, este gobierno hizo una fuerte inversión para posibilitar la Jornada Escolar Completa mejorando la infraestructura educacional y fortaleció la capacidad de obras públicas como no había registro en el país. Sin embargo, el episodio conocido como las “casas-Copeva” fue un golpe durísimo a su respaldo popular. Este caso fue el de viviendas sociales completamente anegadas en pleno invierno, que en lugar de ser una solución habitacional pasaron a ser una pesadilla para las familias que las habitaban. Aquí se reflejó en todo su alcance la desigualdad social, porque se evidenciaban que para pobres eran edificaciones precarias y para ricos imponentes mansiones.

En las elecciones parlamentarias de 1997 creció la abstención, el bloque de gobierno mantuvo su respaldo electoral por encima del 50% del electorado, pero vio declinar su caudal total de electores en cerca de un millón de votos. En el mismo resultado se encarnó el debate posterior, por una parte, quienes estimaban que esta pérdida de respaldo era inevitable ante la menor participación del conjunto del electorado en

estos comicios y porque el paso del tiempo traía consigo la pérdida de la “épica” inicial de la transición, pero que el balance era de todas maneras ampliamente positivo, este sector fue denominado como los “autocomplacientes”; en la otra parte, se situaron quienes observaron que había una pérdida en el empuje transformador del proceso democrático, que la larga transición pasaba a ser indefinida y que la imposibilidad de resolver la odiosa presencia de los enclaves autoritarios había terminado afectando la fuerza y legitimidad de la Concertación, en este segundo caso se habló de los “autoflagelantes”.

Ninguno de ambos términos era exacto. En el bloque de gobierno había conformistas y reformistas. Estaban quienes se daban cuenta que la inmovilidad institucional consagraba una transición inconclusa, con límites inaceptables para la estabilidad democrática futura; por ello desde el socialismo se impulsó desde el inicio de la administración Frei Ruiz-Tagle, la idea de materializar las reformas institucionales pendientes, apoyándose esta iniciativa política en el respaldo sin precedentes, que se obtuvo en las elecciones presidenciales de Diciembre de 1993. En tal sentido, era necesario deslindar responsabilidades históricas con la derecha, posición que no tuvo el apoyo necesario en la Concertación, cuyo núcleo preeminente liderado por el ministro de la Presidencia, Genaro Arriagada, fue de la falsa tesis de “modernizar para democratizar”, que, a la postre, provocó una actitud de inmovilismo político que, finalmente no logró resolver ningún avance en el ámbito institucional. Era un conformismo que por su carácter rehuía la democratización pendiente en el país.

Las reformas constitucionales se requerían para concretar reformas económicas y sociales indispensables como la reforma laboral, educacional y de salud; esenciales para enfrentar la desigualdad que ya atenazaba la vida familiar de millones de personas.

En el socialismo las perspectivas que se levantaban en torno al liderazgo de Ricardo Lagos Escobar fueron decisivas para atemperar las diferencias con el inmovilismo del gobierno y calmar las pasiones. En el Congreso General del Partido Socialista, realizado en Concepción en mayo de 1998, en los acalorados debates de cientos de delegados se reiteró sin fisuras, la voluntad de proyectar la Concertación en un nuevo gobierno, con Lagos a la cabeza.

No obstante, en octubre de 1998, de un día para otro, surgió una situación inesperada

a propósito de la detención de Pinochet en Londres, en la London Clinic, universalmente famosa en 24 hrs. En efecto, la insólita situación de encontrarse el exdictador detenido por una orden de captura emanada, desde la Justicia de España, por el juez Baltasar Garzón, generó una clarísima diferencia en las alternativas planteadas. Quienes, por una parte, creían que el exdictador tenía que ser juzgado en Europa porque en Chile ello no iba a ocurrir y, por otra, los que pedían la vuelta del sátrapa para ser juzgado en Chile. La jerarquía militar se excedió presionando al gobierno civil igual que una derecha política histórica.

Por su parte, los familiares de los detenidos desaparecidos, de los ejecutados, exiliados, torturados y exonerados políticos, en general, las organizaciones de Derechos Humanos, así como, el sentimiento de las fuerzas democráticas más extendido y de sentido común resentía y rechazaba tan inesperados y cínicos argumentos en boca de quienes siempre habían denegado la verdad y la justicia, que ahora por la impensada circunstancia de haber sido puesto Pinochet bajo la jurisdicción del Reino Unido, sentían esta vez que era posible que el máximo jefe de las criminales ordenes que cegaron tantas vidas y causaron infinitos dolores podía, por una increíble circunstancia, tener que responder ante los Tribunales de justicia. En Londres, Isabel Allende Bussi, Fanny Pollarolo, Pamela Pereira, Juan Pablo Letelier y Alejandro Navarro, se erigieron en portavoces de la voluntad socialista que Pinochet fuera juzgado. Esta presencia fue esencial para esclarecer la situación ante la comunidad internacional.

Sin embargo, lamentablemente el Gobierno democrático, al pedir el regreso de Pinochet desde Londres, se confundía en ese coro de voces alteradas fanáticos que pretendían exculpar al exdictador y otras que decían garantizar que se iba a hacer justicia con Tribunales de Justicia que hasta entonces no habían cambiado casi nada; es decir, con los mismos altos magistrados que negaron la justicia tantos años. Además, caldeaba el debate público el perenne cinismo mediático de la derecha que intentaba mostrar al exdictador como blanca paloma, le recolectaban dinero en abundancia y le organizaban caravanas de políticos de derecha que iban a Londres a dejarle ofrendas y mensajes obsecuentes de adoración irracional, en un impresentable turismo de ultraderecha.

Esta situación no podía sino tensionar intensamente al Partido Socialista, cuyos militantes estaban porque se hiciera justicia lejos de Chile, ya que dentro de la patria

no era posible alcanzarla. En ese cuadro una eventual ruptura del Partido Socialista con el gobierno no hubiese conseguido más que aumentar su debilitamiento, agravar sus contradicciones y facilitar las presiones de la derecha; fuera de sí por la prisión del dictador. En tales circunstancias, la conducción socialista que asumió en agosto de 1998, encabezada por Ricardo Núñez y en la que me correspondió participar como Secretario General, logró mantener la unidad socialista y la proyección de la Concertación por la Democracia hacia un nuevo período presidencial.

De esta enorme tensión política e institucional surgió la convocatoria de la “mesa de diálogo”, en agosto de 1999, entre oficiales superiores de las Fuerzas Armadas, autorizados por sus respectivas ramas y abogados de Derechos Humanos, realizado bajo la supervisión del Ministerio de Defensa, cuyo objetivo era esclarecer el destino de los detenidos-desaparecidos. Las Fuerzas Armadas aceptaron su responsabilidad institucional en la violación de los Derechos Humanos lo que fue un paso importante, pero luego en enero del 2001, entregaron un listado parcial con afirmaciones atroces, pero ya sabidas, como “lanzado al mar”. Fue durísimo leerlo, pero no dilucidó lo acontecido con los detenidos desaparecidos. En definitiva, fue una decepción; la verdad no se consiguió. Fue amargo para Chile como nación, porque el esfuerzo de los abogados había sido estéril y el objetivo de la verdad era definitivamente escamoteado a la comunidad nacional. Lo más grave fue que Pinochet logró eludir su responsabilidad criminal.

Ahora bien, el tiempo siguió su marcha en el curso del año 1999, se instalaron las diversas opciones de los conglomerados políticos, con vistas a los comicios presidenciales de diciembre, los últimos del siglo XX. En esta ocasión, por primera vez, se llevaron a cabo elecciones primarias para la nominación del abanderado presidencial de la Concertación. Así se dirimió, en mayo, entre Ricardo Lagos y Andrés Zaldívar, a favor del primero, la responsabilidad de liderar el bloque de fuerzas democráticas frente a una figura de la derecha, entonces emergente, Joaquín Lavín, que desde la abundancia de recursos de la alcaldía de Las Condes pasaba a la lucha por el liderazgo nacional.

El resultado de las primarias, paradójicamente, fue demasiado amplio a favor de Lagos, ya que la diferencia porcentual de tres a uno apabulló a la Democracia Cristiana y debilitó su posterior participación en la campaña electoral, asimismo, se extendió un errado triunfalismo en el comando laguista y en las filas de la Concertación abriéndose

un vacío de varios meses en que el activismo de la campaña disminuyó a casi cero. Por el contrario, la candidatura de la derecha creció de menos a más, con la antigua astucia de vender un producto que no era lo que se ofrecía, en este caso, un líder político presentado como apolítico, un activista de la élite económica, difundido como accesible y popular. En resumen, la campaña se puso “cuesta arriba” y por momentos la victoria se vio distante. Las encuestas mostraban un “empate técnico” que tenía un sabor amargo para los militantes más informados. Un esfuerzo tremendo de activismo unitario de la base social concertacionista salvó la campaña de una impensada derrota.

Aún cuando la propuesta programática de Lagos proponía dar un paso en el progreso social del país avanzando desde la lucha por la superación de la pobreza a “crecer con igualdad”, el impacto de la contracción económica global, llamada “crisis asiática”, y las resonantes presiones empresariales más reaccionarias, amenazando con detener futuras inversiones, repusieron los temores en el mundo popular y no pocas personas temían una represalia del sector patronal que paralizara la economía por la victoria de una candidatura socialista. En consecuencia, hubo que bregar para reponer la confianza en la fortaleza de la gobernabilidad democrática y activar las energías de las organizaciones sociales, tanto de los trabajadores como de los profesionales, para que el miedo no dominara la conducta del electorado. Los líderes sindicales y sociales fueron decisivos en el despliegue territorial.

Por eso el socialismo chileno fue determinante, su extensión y ramificación territorial fueron irremplazables. Hasta en el último rincón de Chile y en la totalidad de los frentes sociales hubo un socialista que se movilizó por un nuevo triunfo democrático. Así lo destacó el mismo Ricardo Lagos, en diálogo fraternal con la Mesa directiva del PS, en su hogar, en enero del 2000, inmediatamente después de la segunda vuelta que consagró su condición de Presidente electo. La unidad socialista ratificó su trascendencia y eficacia. Miles de los suyos dejaron los pies en la calle para doblegar el populismo y la demagogia de la derecha que no tiene límites en emplear una total metamorfosis para presentarse con otro rostro, amable y no represivo. En ese contexto, en que las fronteras políticas se volvieron difusas y el resultado no tuvo el ancho esperado, la capacidad de diálogo de la nueva administración pasó a ser fundamental. Esa fue una de las claves que motivó a Lagos como Presidente electo a designar en el ministerio del Interior a un militante socialista, José Miguel Insulza, de amplia interlocución en el país.

Este gobierno asumió en medio de un cuadro económico social sumamente complejo debido a la prolongación de los efectos de la llamada “crisis asiática”, con un evidente estancamiento de la economía y, de modo especial, con un severo impacto del desempleo en la calidad de vida de los hogares del mundo popular. Hubo casos muy difíciles, como la región del Bio Bio que sufrió el impacto simultáneo de la crisis de la industria del carbón, del sector forestal y de la sobre explotación de los recursos pesqueros. Con el objetivo de mitigar las desafortunadas consecuencias de la cesantía, el Ejecutivo tuvo que financiar un abultadísimo programa de empleos de emergencia para cubrir una franja de desempleados crónicos, excluidos, sin alternativa posible en ese periodo, por la debilidad del aparato productivo.

Aún así la Concertación logró saltar la valla de las elecciones municipales, en octubre del 2000, logrando superar el 50% de respaldo, ratificando su condición de mayoría nacional sobre una derecha eufórica por el caudal electoral de Lavín, el más cercano al éxito desde el término de la dictadura. Vale la pena señalar que la diferencia entre Lagos y Lavín, en la primera vuelta de Diciembre de 1999, fue en promedio inferior a un voto por mesa. Quien en la derecha tuvo la capacidad de capitalizar el “lavinismo” fue la UDI que, en las parlamentarias de diciembre del 2001, desplazó a Renovación Nacional y se transformó en el principal Partido de la derecha política del país, con una fuerte bancada parlamentaria, proyectándose nacionalmente Pablo Longueira como nuevo dirigente de ese sector. En ese contexto, se rebautizó la UDI, autodefiniéndose como “UDI popular”, había vuelto el populismo conservador a la política nacional, esta vez levantado por un delfín de Jaime Guzmán, Pablo Longueira. Fue la sepultura del carácter aristocrático y elitista propio de Guzmán, que en esos meses sufrió un nuevo deceso, esta vez político, la UDI dejó de ser lo que había construido.

La reactivación económica requirió de un gran esfuerzo gubernamental para unir las voluntades de los diversos sectores en una misma dirección. Tal vez por ello, el entonces ministro de Hacienda, Nicolás Eyzaguirre, suscribió una Agenda pro crecimiento con el sector empresarial, encabezado por Juan Claro, en la Confederación de la Producción y el Comercio. Los Partidos de la Concertación que tenían la responsabilidad de dar sustento político al gobierno, como tantas veces ocurrió, se enteraron de esta “Agenda”, una vez que estuvo publicada. En ese entendimiento el empresariado comprometía su esfuerzo para reactivar y dinamizar la actividad económica obteniendo concesiones que en una situación normal no

hubiera conseguido. El gran empresariado estuvo dispuesto a acuerdos que permitieran crecer, pero jamás redistribuir.

El ciclo económico recuperó dinamismo y, no obstante, las severas dificultades del comienzo, el Presidente Lagos entregó el gobierno con un balance económico ampliamente positivo, sobresaliendo la recuperación del crecimiento y el establecimiento legal de la política de balance estructural, logrando ahorrar parte significativa de los ingresos por el aumento del precio del cobre para cubrir el gasto fiscal, en particular, el gasto social en época de “vacas flacas”, es decir, de contracción de la actividad económica y de egresos por encima de los ingresos. A su vez ello se complementó con la puesta en marcha del programa AUGE en las políticas públicas de Salud, el Programa Chile Solidario contra la extrema pobreza, el Programa de modernización de la infraestructura y la ley de obligatoriedad y gratuidad de la Educación Media como responsabilidad del Estado.

Como el esfuerzo de reformas políticas que emprendió el gobierno no prosperó hasta el final de su mandato, logró crecimiento, pero no nuevos instrumentos para redistribuir la riqueza, aun así, Lagos forzó un Royaltie en la gran minería que mejoró los ingresos fiscales, pero no fue un cambio estructural.

A mediados de su gobierno el Presidente Lagos constituyó la Comisión sobre prisión política y torturas, que fue liderada por el Obispo auxiliar de Santiago, Sergio Valech. Su formación asumió la deuda con miles de víctimas del terrorismo de Estado. Su trabajo estableció en forma fehaciente que en la dictadura se practicó sistemáticamente el uso de tormentos, tratos inhumanos, crueles y degradantes a quienes sufrieron detenciones y secuestros, y de simulacros de fusilamientos y violaciones a personas de ambos sexos, como instrumentos al que recurrían sin contemplaciones de ninguna especie los agentes del Estado que habían hecho del crimen y la tortura una conducta habitual. Son cerca de 40000 testimonios los que corroboran esa terrible realidad, contenidos en el Informe Valech, entregado al país el año 2004. Es lamentable que este sea un aspecto escasamente reconocido por el gobierno de Lagos.

En este período, hubo dos hechos funestos, Mop-gate y Corfo-Inverlink, lesionando gravemente el prestigio del gobierno, una década después, el propio Lagos dijo que fue “lo peor”, de su periodo.

Al finalizar su mandato, en el transcurso del 2005, Lagos materializó las reformas constitucionales que estaban pendientes, las mismas que había enviado al Senado al comienzo de su sexenio y que la derecha ya no pudo seguir bloqueando en el Congreso Nacional. Esas reformas fueron:

- El término de los senadores designados y vitalicios.
- El término de la inamovilidad de los Comandantes en Jefes de las Fuerzas
- El cese del rol tutelar del Consejo de Seguridad Nacional.
- El fin del rol de garantes de las Fuerzas Armadas sobre la institucionalidad del país.

De esta manera, al promulgarse la Constitución reformada, en septiembre del 2005, excluyendo los enclaves autoritarios que prolongaban la tutela castrense sobre el régimen democrático, sin ese lastre militarista, pasó a ser posible afirmar que la transición democrática en Chile había concluido. En ese momento, la lucha contra la desigualdad ganaba el primer lugar en el desafío histórico del país, pero ya había un exceso de confianza que manteniendo alto crecimiento económico se podría resolver solo por ese factor la desigualdad social que a la postre desplomó la paz social en Chile.

El Partido Socialista con su posición de “crítica comprometida y lealtad democrática” fue soporte esencial del gobierno de Ricardo Lagos. Los líderes de la Democracia Cristiana, Adolfo Zaldívar, y del Partido por la Democracia, Guido Girardi, asumieron una línea de perfilamiento de sus propias figuras o posiciones friccionando fuertemente reiteradas veces su relación con el gobierno e incluso con el mismo Presidente Lagos, con quien marcaban distancia permanentemente, así ocurrió cuando el Presidente de la DC declaró que la Concertación: “se terminó” y con el anuncio del Presidente del PPD de votar en contra del proyecto de ley conocido como Rentas Municipales, practicando ese hábito tan nocivo de ser gobierno y oposición a la vez. Ello trajo como consecuencia el aumento de la responsabilidad socialista en el apoyo al gobierno de Ricardo Lagos, esa conducta política se sustentó en un concepto básico: lealtad democrática para asumir con el gobierno el conjunto de exigencias de una etapa compleja y difícil, así como, el ejercicio de una “crítica comprometida”, cuando el curso político lo hiciera necesario. Así la política socialista logró instalarse como un activo protagonista de la gobernabilidad democrática.

En estas circunstancias se fueron generando las condiciones para que una figura socialista representara el patrimonio político y la legitimidad necesaria para tomar el liderazgo de la Concertación. Fue Michelle Bachelet. Sin la política de amplia unidad y coherente responsabilidad democrática del Partido Socialista, de tener su punto de vista sin caer en pugnas estériles o inconducentes, de comprender las dificultades y fortalecer la gobernabilidad democrática que sostuvo el Partido Socialista, desde el mismo retorno de la democracia, sin ese horizonte estratégico no hubiera sido posible.

Al inicio de esta gestión irrumpió la protesta del movimiento estudiantil secundario que por su juventud y sus uniformes de liceo se ganaron la denominación de “los pingüinos”. Su masividad y el vigor de su presencia en las calles de Santiago y de todo el país alcanzaron tal magnitud que se instalaron en el centro de la situación nacional. El recién instalado gabinete no tuvo herramientas eficaces para recoger y encauzar sus demandas cayendo en una grave impotencia que realzaba aún más un delicado escenario nacional, siendo notorio una falta de control del orden público. Así los hechos se precipitaron y se provocó un temprano cambio en el mes de julio, de ese año, 2006.

El gobierno no tuvo los quórumos constitucionales requeridos para concretar la reforma educacional que el movimiento estudiantil demandaba. Solo pudo cambiar la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza por la llamada Ley General de Educación que no avanzó en el tema de fondo: la gratuidad en la Educación Superior, mecanismo determinante para concretar la igualdad de oportunidades en el acceso a la enseñanza universitaria. Este Derecho social contemporáneo tuvo que esperar el segundo mandato de Bachelet para comenzar a materializarse.

Pero si se consiguió instalar la reforma que estableció el Pilar Solidario en el Sistema de Pensiones y se aprobó la Pensión Básica Solidaria que llegó a mejorar las condiciones de vida del sector más vulnerable dentro de la pobreza: los adultos mayores. No obstante, que el tema de fondo quedó pendiente: conquistar un sistema de pensiones mixto y solidario.

En medio de estos esfuerzos gubernamentales se produjo el quiebre de la Democracia Cristiana al salir de sus filas el sector conocido como “los colorines” encabezado por su ex Presidente, el entonces senador Adolfo Zaldívar; con ello, de

inmediato la Concertación perdió la mayoría de ambas Cámaras del Congreso Nacional y la Mesa de las dos Corporaciones quedó en manos de una nueva “coalición”: la derecha y los “colorines”. El propio Adolfo Zaldívar asumió la Presidencia del Senado, y en una de esas contorciones de la acción política que son repudiadas por la ciudadanía, pasó de ser la guaripola de la lucha por la “rectificación” del modelo económico-social a transformarse en el estandarte de una alianza cuyo núcleo fundamental eran los más intransigentes ortodoxos defensores de ese mismo modelo: la UDI.

Por otra parte, en materia medioambiental se avanzó en la transformación de la Comisión Nacional del Medioambiente, en el Ministerio para el Medioambiente y se materializó el Sistema de Protección del Medio Ambiente, creándose una institucionalidad que hasta entonces no existía.

Asimismo, se concluyó la legislación sobre la Responsabilidad Fiscal, lo que permitió que Chile tuviera los recursos suficientes para sobrellevar, en el 2008, la crisis subprime que, según los propios operadores del sistema, fue comparable a la Depresión de 1929, la más grave crisis del sistema capitalista mundial. Sin que sus efectos desfondaran el gasto fiscal y, especialmente, el gasto social, saliendo el país adelante de una prueba que en el plano económico fue muy difícil.

Pero la Concertación de Partidos por la Democracia no salió airosa del desafío de las elecciones presidenciales del 2009. Al medirse en una quinta elección con la derecha perdió la mayoría y fue derrotada. Sebastián Piñera le ganó a Eduardo Frei y la derecha se instaló a gobernar el país. La derrota provoca abundancia de teorías sobre sus causas y escasa claridad sobre las auténticas razones de la misma; pero hubo factores principales:

- La Concertación había visto debilitada su cohesión, mermadas sus energías vitales y desgastada su fuerza territorial y social. En ese contexto, surgieron liderazgos individualistas que facilitaron la desunión.
- La candidatura Frei, a diferencia de 1993, no inyectó por su propia vitalidad y despliegue el necesario “plus” que toda postulación para ser exitosa debe entregar a su base original de apoyo.
- La acción de división, paralela de MEO, en una candidatura propia, socavó y quebró la capacidad de acción conjunta del bloque democrático que hasta ese momento había derrotado, en forma sistemática, a la derecha.

- Las generosas cuotas de dinero que Penta y SQM dispusieron a favor de quienes tenían como pretensión la división concertacionista, como requisito necesario de sus proyectos políticos futuros.

En todo caso, los socialistas luchamos hasta el final, sin entregar la campaña al festín mediático del piñerismo.

Al triunfar Piñera la brega contra la desigualdad económica y social quedó postergada indefinidamente. Había que retomar la lucha desde la oposición política al gobierno de la derecha que exudaba triunfalismo y soberbia.

LA FUERZA IDEOLÓGICA DEL SOCIALISMO

Desde su fundación el socialismo ha bregado arduamente para instalar y proyectar su identidad y participar en el debate ideológico de las grandes vertientes doctrinarias a escala global. Sin embargo, tal como insistió Salvador Allende, en cada realidad nacional el pensamiento socialista lucha por interpretar y abrir paso a la justicia social en democracia.

En el seno de las fuerzas democráticas y populares el socialismo, desde el siglo XIX, ha debido competir y cooperar, alternativamente, con el movimiento comunista y diversas corrientes anarquistas, así como, con las corrientes social cristianas que se han propuesto tener presencia en la actividad sindical. Asimismo, más allá de las fuerzas de izquierda y de centroizquierda, tuvo que hacerse cargo del constante ataque del conservadurismo más retrógrado que siempre vaticina que las ideas del socialismo conllevan el caos y de los grupos liberales, hoy neoliberales, que intentan en forma periódica desacreditarle como contrario a los Derechos y las libertades individuales.

Tanto en Europa, Asia y América Latina, un número significativo de obreros anarquistas formaron parte de las primeras batallas por el respeto a la dignidad de los trabajadores y en contra de la superexplotación, la miseria y la ignorancia que acompañaron la formación del capitalismo y, en particular, a la revolución industrial europea y la tardía industrialización latinoamericana.

Sin embargo, en el tema de las formas de lucha se generaron diferencias insalvables. El anarquismo resultó ser un temerario ejecutor de la acción directa que llevó, una y otra vez, a la destrucción de sus organizaciones y a la desarticulación de los movimientos sociales en que tenían presencia. Al insistir en el uso del bombazo indiscriminado en contra de opresores, verdugos, soplones e incluso de personas inocentes e indefensas se aislaron de los trabajadores y agudizaron las acciones represivas del Estado, así fueron perdiendo la significación que lograron forjar en sus primeros años de lucha.

Las fuerzas socialistas, en la legalidad unas veces y en ocasiones reprimidas cuando el Estado fue controlado por la reacción y el conservadurismo, pero siempre tenaces

defensoras de los sindicatos y de las luchas reivindicativas por reformas económicas y sociales ante los gobiernos y las entidades empresariales, rechazaron la táctica del atentado personal y la utilización de la destrucción física de los adversarios políticos. Así, los partidos de izquierda, inspirados en las ideas del socialismo, tomaron su propio camino y, a la postre, sus organizaciones participaron de revoluciones populares profundas o de los procesos institucionales que, con mayor o menor solidez, consiguieron edificar los Estados de bienestar social en naciones de diversos continentes, los que no podían ser idénticos y tuvieron diferente alcance, profundidad y permanencia en el tiempo.

A lo largo del siglo XX, socialistas y comunistas cooperaron y/o rivalizaron en distintas etapas históricas. En Europa, el caso más dramático de la división de los partidos obreros de izquierda fue la antesala del ascenso al poder de Hitler en Alemania. No cabe duda que la enorme fuerza social de los demócratas antifascistas lo hubiese impedido de unirse y no enfrentarse en forma fratricida, destruyéndose mutuamente antes de implantarse la dictadura nazi, después fue demasiado tarde, el montaje del incendio de Reichstag y la declaración del Estado de excepción, por una mayoría fabricada por Hitler para desatar el terrorismo de Estado, permitió que se instalaran los campos de concentración, la exclusión política y la eliminación física de los militantes de fuerzas políticas de pensamiento distinto al agresivo fanatismo ultranacionalista con que los nazis se afianzaron en el poder político. En particular, hizo mucho daño la consigna del infantilismo de izquierda que proclamaba: "aplastaremos el fascismo por sobre el cadáver de la socialdemocracia". Fue la época denominada, del "sectarismo", infecundo y a la postre, suicida.

En 1935, en el VII Congreso de la Internacional Comunista, Jorge Dimitrov, tomó la responsabilidad de criticar la línea sectaria y mesiánica implantada en los Partidos Comunistas, ajena totalmente en su raíz al carácter de clase de su inspiración fundacional y a la realidad de sus países, el sectarismo mesiánico que aisló el movimiento obrero fue la base del fracaso histórico que la Internacional Comunista sufrió en esas décadas. El viraje estratégico apuntó a la formación del Frente Popular que fuera expresión de amplias alianzas antifascistas. Así se asumió, en el movimiento comunista, con los términos de Lenin, la crítica al infantilismo de izquierda.

En Chile, asumiendo la necesidad de unidad, el Partido Socialista decidió modificar su

línea tendiente a representar un “Bloque de Izquierda” y se incorporó al Frente Popular. Aún más, en un momento decisivo del proceso de configuración de la alternativa de gobierno, en abril de 1938, el líder socialista, Marmaduke Grove, pidió al Congreso Extraordinario del Partido Socialista, que su candidatura a la Presidencia fuera retirada para asegurar a Pedro Aguirre Cerda y entregarle la mayoría absoluta que requería para ser proclamado el candidato común del Frente Popular. Así, socialistas, comunistas y radicales establecieron un entendimiento que dio positivos resultados para el interés nacional llevando a la Presidencia, en 1938, a Pedro Aguirre Cerda. La más conocida de sus realizaciones fue la creación de la CORFO que resultó una poderosa palanca para el desarrollo en el ámbito industrial, forestal, energético y minero. Su tarea en un país con graves carencias, como el nuestro en los años 30, fue una auténtica proeza al desarrollar las bases de la industrialización en Chile, aunque sus frutos fueron “abducidos” por la codicia irrefrenable de los grupos económicos, en el espurio proceso de las privatizaciones del dictador Pinochet, en los años 80. La amplitud de la política asumida por el socialismo trajo progreso a Chile y fortaleció a las fuerzas de izquierda y de “avanzada social”, como las definía el compañero Eugenio González, fundador del Partido Socialista.

Luego, desde la izquierda chilena, los partidos socialista y comunista, lucharon bajo el liderazgo de Salvador Allende y unidos a otras fuerzas, como el Partido Radical, el Mapu y el API arribaron al gobierno de la nación en 1970, con las banderas de una amplia alianza social y política: la Unidad Popular y su alternativa estratégica: la “vía chilena” al socialismo. Más tarde, después del sangriento golpe de Estado fue la hora de resistir e impedir la sumisión que surgía frente a la imagen que proyectaba una dictadura omnipotente y con el control total del país, en las condiciones más difíciles el socialismo fue capaz de luchar por la recuperación de la democracia y de afianzar un Estado de Derecho frente a la presión empresarial y castrense que pugnaban por la democracia protegida. En consecuencia, el Partido Socialista fue esencial en la Concertación, con la Democracia Cristiana, el PPD y el PR, para afianzar la democracia y derrotar la estrategia de regresión ultraconservadora de la derecha chilena. En este periodo, las diferencias políticas del periodo de la transición distanciaron al PS y el PC, hasta reagruparse en una coalición amplia con la participación de la DC, el PPD y el PR, en el segundo gobierno encabezado por Michelle Bachelet, en el bloque de la Nueva Mayoría. Ahora se encuentran, otra vez, en la oposición haciendo frente a la orientación económica y social regresiva del gobierno de derecha, liderado por Sebastián Piñera.

Asimismo, la necesidad de reformas y cambios sociales tocó la puerta de la centroizquierda, por eso impactó en el pensamiento social cristiano, ante el ensanchamiento de la fractura económica y social que se extendió sin control por el mundo después de la gran crisis del capitalismo en 1929. En particular, en Chile, la preocupación del humanismo cristiano reconoció la necesidad de la reforma agraria y la sindicalización campesina, un sector postergado por la dominación excluyente y retrógrada de la oligarquía terrateniente. En América Latina, con el impacto de la revolución cubana, el campesinado pasó a ser atendido y considerado después de ser ignorado durante siglos, desde la formación del Estado nacional, coincidiendo con la apropiación del poder por la aristocracia criolla. En Chile, en los años 60, coincidiendo en los hechos con la izquierda chilena, el gobierno de Frei Montalva contribuyó a impulsar la organización del movimiento campesino e inició la realización de la reforma agraria.

Ahora la lucha de los socialistas en Chile se orienta a la sucesiva profundización de la democracia para alcanzar la justicia social. Esta afirmación arranca desde sus orígenes y está fundamentada con especial acierto y energía en el Programa de 1947, que fuera redactado por el eminente intelectual socialista Eugenio González, cuya validez inspiró a Salvador Allende para fundamentar la “vía chilena” que inspiró la orientación estratégica del gobierno popular. Los sucesos históricos, incubados durante décadas que se precipitaron entre 1989 y 1991, “la caída del muro de Berlín” y luego el término de la Unión Soviética, colapsaron el llamado “socialismo real”, postulado como modelo a seguir por el movimiento comunista internacional, esos hechos vertiginosos e imprevistos vinieron a confirmar la elaboración teórica que inspiró el Partido de Allende desde su fundación, en 1933. Sin democracia no hay socialismo.

La formidable revolución rusa que, en 1917, echó abajo una odiosa monarquía absolutista que duró siglos, que debió afrontar la guerra civil y la invasión de las potencias extranjeras logró sobrevivir históricamente, pero cayó en el trágico ciclo de cruentas represiones del oscurantismo estalinista, que derivó luego en el periodo del estancamiento de Brezhnev y llevó al fracaso de las reformas de Gorbachov. La revolución Rusa fue un proceso histórico necesario e inevitable para salir del oscurantismo la servidumbre y el atraso hacia una sociedad democrática, igualitaria, justa y avanzada, pero que en la construcción socialista fue una experiencia fallida al sacralizar las ideas del socialismo en un modelo pétreo, inmutable y liberticida. Ello no

se debe confundir ni tampoco podrá acabar con el ideal del socialismo, de emancipación y justicia que está en el origen de los partidos obreros y populares, que tiene su raíz en las ideas de transformación social que sembrara Saint-Simón, Owen, Fourier, los llamados socialistas utópicos, que fundamentaron y enriquecieron Marx, Engels, Lenin, Trostky, Rosa Luxemburgo, Allende, Mandela y tantos hombres y mujeres, visionarios que se irguieron ante la opresión y la injusticia.

Aunque el derrumbe de la ex Unión Soviética se mostró como el triunfo definitivo del capitalismo neoliberal, sólo 20 años después, la llamada crisis subprime, el año 2008, indicó que la estabilidad del sistema globalizado estaba seriamente cuestionada, además, ese remezón ocurría paralelo a un incremento sin precedentes de la desigualdad a escala mundial. Más aún, la ineptitud generalizada del sistema imperante para dar respuesta a las consecuencias del cambio climático ha devenido en un cuestionamiento impensado hasta hace poco tiempo atrás, de las estructuras económico-sociales establecidas y en la extensión de una mirada pesimista respecto del futuro de la humanidad.

La protesta de la joven sueca, Greta Thunberg, alcanzó un impacto global, precisamente porque puso de manifiesto este dilema esencial: si se mantiene el mismo crecimiento irracional y depredador se pone en riesgo el porvenir de los seres humanos. Tan hondo es el efecto de este clima de incertidumbre y de desconfianza hacia el futuro que llega al punto que muchas jóvenes parejas toman la decisión de no tener descendencia. El ambiente creado por el neoliberalismo en un tiempo record saltó de la euforia a la decepción y, como propuesta y visión histórica de sociedad no tiene fuerzas para guiar a la especie humana. Estos factores reafirman que el objetivo de la superación del capitalismo, a través de la democracia, prosigue siendo la perspectiva histórica del socialismo chileno, por tanto, la redefinición de una propuesta programática profundamente chilena, y no la infecunda práctica de copiar inviables modelos ajenos a nuestra realidad, sigue siendo fundamental para el esfuerzo de transformación social en democracia que guía al Partido Socialista.

La estabilidad del sistema global se ve afectada no sólo por sus contradicciones de larga data, además, han emergido exigencias ecosistémicas que la globalización se ve impotente de asumir con la eficacia que se requiere. El cambio climático ha impulsado un activismo intenso de la nueva generación, apoyada por el uso de las nuevas tecnologías que permiten la simultaneidad en las comunicaciones que alarman por

los incendios devastadores de la región del Amazonas, el debilitamiento de los glaciares y la disminución de la superficie helada en la Antártica y otras regiones, que indican que la humanidad debe transformar en un sentido racional y de justicia, su organización social para hacerse cargo de este desafío sin precedentes. El ideal socialista se inserta en la medula existencial de este reto civilizatorio.

De la misma manera, la extensión de la vida por una parte y, por otra, la presencia de una nueva generación con exigencias enteramente diversas a la anterior, reclaman una nueva mentalidad en el sistema político y la reformulación de las políticas públicas, de modo especial, el reclamo de la igualdad de género, el respeto a la diversidad de origen social o de condición sexual y la irrupción de los pueblos indígenas son impulsos a cambios sociales que se han tornado inaplazables. A lo anterior se suma la indispensable necesidad de resolver el desafío del orden público, la seguridad ciudadana y los requerimientos de la defensa, de la demanda energética, de las jornadas laborales y la robotización. El socialismo debe difundir prontamente sus propuestas y elaborar urgentemente sus respuestas.

Hay quienes confunden el agotamiento del triunfalismo neoliberal que transmite en forma masiva un escéptico descredito hacia el régimen democrático en su conjunto, con una situación terminal de la política democrática, que incluye al socialismo humanista por el que luchamos. Se equivocan. No cabe duda que hay un deterioro de los instrumentos de la democracia representativa por la poderosa intromisión del sistema financiero en la toma de decisiones políticas. De hecho, en Chile, parte de los que más critican la labor del socialismo son los mismos que recibieron financiamiento ilegal para sus campañas presidenciales o parlamentarias. Otros, son aquellas individualidades mesiánicas que se sienten poseedores de la verdad, incapaces de formar parte de un proyecto social de carácter colectivo y que no sea solo para el lucimiento individual.

LA DESIGUALDAD DERRUMBÓ LA PAZ SOCIAL

Como tantas afirmaciones que suenan como definitivas, hoy hay una frase que contiene una verdad incuestionable, se trata de que la desigualdad entre la gran mayoría y un sector muy acaudalado del país está en la raíz, el tronco, ramas y hojas de la estructura de injusticia e inequidad cuestionada por el hondo malestar de chilenos y chilenas. Esta causa no excluye otras, pero es la esencial.

Ante ello, ciertas figuras políticas señalan que “todos somos responsables”, al menos en el tema de la desigualdad económica y social en Chile, hay responsabilidades de diferente naturaleza. Las fuerzas políticas no son idénticas, tienen programa, visión de país, patrimonio y perfil cultural diverso y una trayectoria histórica que a cada una de ellas la distinguirá siempre. No todos somos lo mismo.

En efecto, bajo la dictadura, suprimiendo las libertades, con Estado de excepción y dura violencia estatal, la derecha unida al gran empresariado forjó e instaló la estructura de desigualdad existente, se fortaleció y enriqueció gracias a ella, desconoció sus nocivos efectos en la vida cotidiana y la defendió durante décadas, uno de sus rostros más insignes que decía bregar por la libertad económica, pero que en realidad lo hacía por sus propios intereses, fue el mismo Sebastián Piñera, junto a Hernán Büchi y otros, agrupados en la UDI y sus bien provistos centros de estudios.

Cuando recuerdo ese pasado funesto no lo hago por odio, aunque llevo en el alma a los caídos, a las víctimas del terror del Estado, lo que pasa es que no hay que olvidar, para que ahora no se produzca un gigantesco engaño que traiga otras frustraciones y más desencanto. Se necesita una memoria histórica sana, sin enneguercerse, pero firme, sin renuncias oportunistas.

El impulso que ha provocado la movilización social en curso, hacia un nuevo tipo de convivencia en Chile no se debe perder ni defraudar por promesas demagógicas que después se dejan de lado y tampoco se deben desmoronar por la violencia irracional y el vandalismo del lumpen. La amnesia no sirve y hay que saber quién impuso la estructura de concentración de la propiedad y de la riqueza.

Sin embargo, hubo otro sector político, un ancho bloque de izquierda y de centro, que aún reprimido y perseguido luchó contra la desigualdad, pero que no logró desmontar

ni reemplazar ese complejo andamiaje de injusticia institucionalizada.

En efecto, los senadores designados que se abolieron recién en marzo del 2006, no sólo resguardaron los enclaves autoritarios que protegían a Pinochet sino que también, muy especialmente, fueron decisivos para votar en contra de cambios decisivos, como la reforma laboral presentada en 1999 por el ministro Germán Molina, o contra las reformas al Código de Aguas, presentada por Lagos en 1997, o el chantaje que hubo para aprobar el Plan Auge en Salud, el Programa Chile Solidario o el mismo Ministerio de Cultura que al inicio fue rechazado y el repudio ciudadano fue esencial para reponerlo y aprobarlo.

También la derecha que hoy se separa de Piñera como lo acaba de hacer Pablo Longueira, llegó a la presión antidemocrática en diversas ocasiones, para mantener como sacrosanto el modelo de la desigualdad neoliberal. Efectivamente, hubo colusión.

Por mi parte, desde el Informe que presente, en mayo de 1998, al Congreso del Partido Socialista realizado en Concepción, señalé que lo esencial del desafío histórico era la brega contra la desigualdad en Chile, lo hice después sistemáticamente en mis intervenciones de sentido programático, insistiendo que de esa lucha dependía afianzar o no la gobernabilidad democrática del país.

Ese esfuerzo, aunque fue constante no resultó suficiente porque prevaleció el dogma de la ideología mercantilista, que incluso llegó a tocar e influir en cierto sector de lo que se había formado como la tecnocracia concertacionista de entonces.

Más tarde, el año 2012, en la gestión que desplegué como Presidente del Senado, fue aspecto principal preparar material para colocar en el centro del debate presidencial del 2013, precisamente, el tema de la desigualdad.

Por ello, solicité a la Biblioteca del Congreso Nacional un estudio sobre el impacto de la desigualdad. Recibí ácidas críticas desde la derecha por esa iniciativa, pero los profesionales de la BCN hicieron una sólida labor y se publicó en la segunda mitad del 2012, uno de los trabajos más completos a disposición de todos los interesados, en la página Web de la BCN.

Asimismo, efectuamos Seminarios de representación pluralista para compartir una

visión que permitiese hacerse cargo de este reto fundamental. Así lo recogió el Programa Presidencial de Michelle Bachelet.

Los avances de Chile estuvieron ayer y lo están hoy anulados y desconocidos por la desigualdad. Se trata de un lastre que deforma las relaciones humanas, distorsiona la vida de las parejas y de las familias y socava como incansable termita las bases de la estabilidad democrática hasta generar la crisis de gobernabilidad que esta conmocionando a Chile.

Lamentablemente, no se entendió que el foso de la desigualdad iba quebrando la cohesión de la vida social y que acumulaba un material inflamable que llegaría a quemar una parte del progreso social. Cuantas veces los más felices y afortunados potentados, los que abultaron sus respectivos y voluminosos patrimonios a grados impensables para un país de las proporciones de Chile, cuando, se les planteaba lo esencial que es en una sociedad democrática el rol del sindicalismo y de la negociación colectiva, replicaban que eso era propio de un “clasismo trasnochado”, que el “país” iba como avión y que lo peor sería incorporar estos “temas del pasado” en la agenda. De hecho, en 1999, el proyecto de reforma laboral presentado por el gobierno del Presidente Frei Ruiz-Tagle fue íntegramente rechazado en el Senado por la mayoría constituida por la derecha política, sobrerrepresentada por el sistema binominal y los senadores designados. Ninguno de esos actores, hinchados de arrogancia y autocomplacencia llegó a pensar que su extrema codicia crearía una crisis de gobernabilidad, porque la desigualdad irrita, divide y polariza, a unos les entrega opulencia y privilegios y a otros privaciones, pobreza e indignidad.

Era evidente que esa estructura no podría soportar indefinidamente. Nadie va a aceptar vivir sin la dignidad que hoy la civilización humana está en condiciones de entregar a cada persona integrante de la comunidad nacional. Esa es la gran tarea del régimen democrático en el próximo tiempo.

El crecimiento de la ultraderecha está asociado a la debilidad de propuestas de país y al descrédito en el ejercicio del poder, sean abusos, enriquecimientos ilícitos, acomodamiento burocrático, o el personalismo infecundo de quienes se sienten salvadores providenciales de una lucha que pertenece a los pueblos, a sus organizaciones sociales y no a desbordes mesiánicos de actores individuales.

El Partido Socialista recoge el patrimonio histórico de miles de los suyos que como Allende lo dieron todo sin pedir nada a cambio, porque estimaron que era su deber hacerlo. Su conciencia así se los indicó y fueron consecuentes hasta el fin.

Ante la instalación de Piñera en el poder y la formación de un gobierno de derecha, el Partido Socialista definió su conducta política como una fuerza de oposición, abierta al diálogo en el Congreso Nacional como corresponde en democracia, pero rechazando los propósitos de regresión económica y social que han orientado a la derecha piñerista. Advirtiendo tales objetivos y las severas debilidades y restricciones de la reconstrucción democrática una amplia movilización ciudadana se levantó en el país, desde el 18 de octubre, generando una nueva situación, que cuestiona profundamente la conducción de la derecha en el gobierno.

El centro de gravedad es la movilización ciudadana contra las desigualdades que agobian la convivencia nacional, sean estas de clase, género, raza, orientación sexual o creencias religiosas, esas desigualdades resultan un lastre y deben ser urgentemente superados. Asumir estratégicamente el desafío que nos plantea las desigualdades significa alcanzar definitivamente una nueva Constitución para Chile. Tal es el gran objetivo democrático de la próxima etapa.



**PARTIDO
SOCIALISTA
DE CHILE**

A TREINTA AÑOS DE LA REUNIFICACIÓN

Patricio Quiroga Zamora
Profesor de Historia

EN RECUERDO

Este es un año importante para las y los socialistas chilenos. Se cumplen tres décadas de la reunificación de un partido lacerado por la división que vivió en 1979.

Aunque el Partido Socialista había atravesado por otros cismas nunca había experimentado un quiebre tan profundo como el de aquel entonces. Dato importante porque la fractura atravesó tanto a la dirección interior como exterior, a los militantes de la diáspora, a los presos y a los miles que habían pasado a la muerte civil por la pérdida de sus derechos. Ténganse presente los muertos, los detenidos-desaparecidos y los cientos que se refugiaron en el tesoro de sus recuerdos y se comprenderá mejor la fuerza del espíritu de sobrevivencia de los socialistas. Agreguemos el incesante trabajo de los aparatos de seguridad de la dictadura (violencia cotidiana) y el permanente vilipendio de los medios de comunicación (violencia simbólica) y podrá entenderse lo significativo del acto de reunificación. Acto trascendente porque sobrevivió a un tiempo de Terrorismo de Estado, iniciado con la muerte del más significativo de sus militantes, me refiero a Salvador Allende.

Ningún homenaje de esta naturaleza puede prescindir de la historia del horror que padecieron los socialistas de aquel entonces. Sin su entereza el partido pudo haber desaparecido. El mismo once de septiembre fue fusilado Luis Norambuena, Secretario Político del Regional Litoral, a primera hora de la mañana, las cárceles estaban llenas de socialistas (René Vargas, Roberto Naduris...), poco después del medio día caían en defensa del gobierno Francisco Cattani y Jorge Aravena, horas después se inauguraba la senda de los detenidos-desaparecidos con los militantes capturados en La Moneda (Juan. J. Montiglio, Domingo Blanco...), les seguirían en calidad de prisioneros de guerra miembros del CC (Clodomiro Almeyda, Héctor Martínez...), secretarios políticos de regionales (Fernando Quiroga, Alfonso Guerra). Rápido recuento en que no pueden dejar de mencionarse los asesinados (Arnoldo Camú, Ricardo Pincheira...). Las socialistas, en diversos momentos, también llenaron los recintos de detención afectadas por la cacería humana (Celsa Parrau, Fidelia Herrera).

La represión masiva y descoordinada de la primera hora pronto dio paso a la represión

encabezada por la DINA y nuevos socialistas serían afectados, capturados, torturados y desaparecidos. El desangre fue intenso, por eso la importancia del Mensaje de Navidad de la dirección a fines de ese año...”el año nuevo de 1974 será de conquista de la unidad, de reagrupación y orientación de todas las luchas populares en torno al objetivo de derrocar la dictadura”. Desangrado y perseguido el socialismo iniciaba el camino de reconstrucción democrática aprestándose a copar los espacios legales, semi-legales y clandestinos, ocupando también las tribunas que brindaba una humanidad horrorizada por los hechos de sangre en que se ahogaba Chile. Pero, no obstante, la decisión de lucha, en el seno mismo de la organización, floreció una controversia que tenía un tiempo de incubación. Ya en los tiempos de la Unidad Popular habían aparecido sectores que habían pedido la renuncia al Presidente caracterizado como socialdemócrata, otros se acercaban peligrosamente a la ortodoxia soviética, luego el Documento de Marzo de la dirección heredera del CC de La Serena sería rebatido por diversas corrientes, diferendos que irían in crescendo.

Desde el Congreso de Unidad (1957) el partido estaba enfrascado en grandes controversias, de manera que, las fricciones teóricas y políticas eran parte del horizonte cultural del socialismo. Las polémicas, sobre aspectos nacionales e internacionales de aquellos días eran normales, aún más, eran estimuladas por las direcciones que, periódicamente entregaban informes y estudios, reforzados por publicaciones en el diario Las Noticias de Última Hora, en Prensa Latinoamericana y en revistas teóricas como Arauco. Saltando sobre la sombra del tiempo histórico, durante los 1000 días también deben mencionarse Posición y el Boletín del Comité Central, presencia teórica y política reforzada por las emisiones radiales de radio Corporación. Incluso regionales publicaban semanarios como lo hacía el Regional Centro con La Aurora de Chile. Estamos reseñando un período de gran incentivo intelectual y político posibilitado por la existencia de una estructura orgánica que exigía militar regularmente y en que la formación política era parte de la vida cotidiana de un militante. La discusión, entonces, era un aspecto normal en el socialismo.

Ahora bien, existían condiciones históricas que demandaban la polémica. Por ejemplo, en la formación del Frente del Pueblo (1951) el centro de la discusión fue el “populismo” como vía de acercamiento al poder, durante los años del Frente de Acción Popular (1956) uno de los aspectos de la polémica fue la política de alianzas (se recusaba la participación del PR), reflejo de la línea del Frente de Trabajadores, durante los años de la Unidad Popular el debate alcanzó niveles sin precedentes,

entre otros, el tema de la vía político-institucional. Ahora bien, estos no fueron debates de carácter diletantes o sobre ideologizados, los demandó la realidad. La frustración de los gobiernos de Ibáñez del Campo y de Jorge Alessandri había abierto compuertas a la idea del cambio social, las reformas políticas de 1958 con la formación de un nuevo campo político y el consiguiente fortalecimiento de la izquierda, había vigorizado la democracia, abriéndose un período de profundización democrática acelerado, marco en que se produjo la "Revolución en Libertad" y por consiguiente de nuevas deliberaciones en el socialismo.

En otras palabras, el cambio que se demandaba para Chile exigía profundas discusiones.

Las condicionantes del sistema mundial también reclamaban una sólida controversia. Para algunos, en la década de los sesenta y principios de los setenta, el mundo vivía una época de transformaciones caracterizadas por la ampliación de lo que se consideraba como el socialismo (para otros, socialismo de Estado) tomando en cuenta que un tercio de la humanidad se esforzaba por construir esa tipología social; por otra parte desde el avènement de la independencia de la India (1947) se sucedían una tras otra las liberaciones de las antiguas colonias, en cascada los movimientos de liberación nacional rompían con el colonialismo y emprendían la ilusión de construcción de nuevas naciones; socialismo y tercer mundismo encontraban apoyo en una fuerte expansión de la clase obrera dado el desarrollo de la industrialización a nivel planetario; además, el mundo popular/progresista/socialista estaba cubierta por una red de organizaciones (Federación Mundial de la Mujer, Organización Continental de Estudiantes, etc.). En un sistema mundial convulsionado, se confrontaron en el socialismo los apoyos a la revolución de octubre, a la revolución China, a la forma de construcción socialista en Yugoslavia, a la revolución de los cubanos. Sectores proclamaban que se vivía una era de revoluciones ininterrumpidas, otros asumían que se experimentaba una transición del capitalismo al socialismo a escala mundial.

A mediados de los cincuenta (1956), Federico Klein, en representación del PS, participaba en la II Conferencia Socialista Asiática en Bombay, en 1967 Allende visitaba, entusiastamente Moscú y Pekín, Amanecer en Belgrado de Oscar Weiss era el sugerente título de un texto encandilado con la experiencia Yugooslava, la OLAS cubana recibía a una delegación socialista, y en 1972 el gobierno popular era anfitrión de la mayor conferencia de países del Tercer Mundo, UNTAD III. Ante

estos acontecimientos la caldera teórica socialista hervía, la referencia a los Condenados de la Tierra, a la invasión de Checoslovaquia, a la parisina revolución de mayo, a Cuba, y a la gesta vietnamita, eran parte de la discusión/admiración socialista. Febril actividad que se entrecruzaba/interactuaba con dos procesos de gran importancia; en primer lugar, con el fortalecimiento, desde los cincuenta, de varias corrientes de pensamiento como el marxismo, el estructuralismo, la filosofía del lenguaje y el neopositivismo (abriendo las puertas al liberalismo); por otra parte, desde 1968, se confrontaban en medio de un equilibrio catastrófico la experiencia socialista, cuyas distorsiones la llevarían al colapso un par de décadas más tarde, con la apertura de un nuevo ciclo sistémico de acumulación en el capitalismo, tendencia que ponía en el tapete la transformación del capitalismo de Estado (la forma imperante).

EL RECORRIDO DE LA RUPTURA

El golpe de Estado, para la derecha y el nacionalismo extremo, tenía por objetivo recobrar el poder total de la sociedad, en esa perspectiva había logrado arrastrar en la estrategia de aniquilamiento a la DC haciendo operacional el quebrantamiento de la democracia a través de los uniformados. Con plena conciencia que se requería un plazo para eliminar lo que consideraban como la fuerza viva del enemigo e invocando el carácter refundacional de la intervención de los militares, el PN procedió a disolverse, en tanto, militantes de Patria y Libertad engrosaban las fuerzas represivas.

Acto seguido, comenzó la fase de la represión masiva y descoordinada de los primeros tiempos. La organización se veía seriamente afectada, pero, a pesar del peligro la producción teórica y la discusión política continuó y desde núcleos de sobrevivientes de la dirección y de ayudistas comenzó la rearticulación y el análisis de la derrota. Pronto tuvo lugar una profunda reacción teórica, cuya saga se inició con El Mensaje de Navidad (1973), luego vería la luz el Documento de Marzo, escrito en piezas silenciosas para no llamar la atención, había sido sociabilizado a través de mensajeros que transportaban las hojas mecanografiadas dentro de tarros de leche para niños o de envases de café. Cada caída (Ariel Mancilla), cada detención (Gustavo Ruz) retrasaba el trabajo, a principios del año siguiente la Coordinadora Nacional de Regionales haría pública su visión contestataria de los sucesos, a lo que se agregarían, poco a poco, escritos de

relevantes figuras que habían salido al destierro o al exilio como fueron los casos de Clodomiro Almeyda y Carlos Altamirano.

El socialismo tiene características muy peculiares, una de ellas, es como hemos afirmado, la riqueza de la discusión, pero no puede dejar de sorprender, que esta haya comenzado ya en el momento de constitución de la primera dirección clandestina. Exequiel Ponce, Carlos Lorca, Ricardo Lagos, Víctor Zerega y Gustavo Ruz, herederos de la legalidad partidaria enfrentarían, muy pronto, los embates de la Coordinadora Nacional de Regionales. Por otra parte, la relación con el entonces Secretario General, Carlos Altamirano, desde los primeros días y por diversas razones, también fue tensa y conflictiva. Mientras tanto la represión generaba dificultades para la coordinación tanto que, en el Primer Pleno clandestino, solo participó una docena de militantes; de manera que, hubo que esperar hasta abril de 1974 para reunir a los sobrevivientes de la dirección elegida en el Congreso de La Serena. Aún más, solamente a comienzos de 1975 se lograría desarrollar un Pleno con participación interior-externo en La Habana. Comenzaba así el ordenamiento de la actividad partidaria con una Dirección Interior y un Secretariado Exterior...pero, ya pronto, los conductores en Chile recibirían un profundo y mortal golpe cuando en junio de ese año fueron capturados por los aparatos represivos.

Sin alcanzar a recuperarse del golpe represivo pronto caería otra dirección. Como lo consigna el Informe –Reflexión del 8 de abril de 1976, Entre diciembre de 1975 y febrero de 1976, “fueron detenidos cuatro de los cinco miembros de la Copol, una quincena de miembros de la dirección. Entre ellos estaban el jefe del frente de propaganda, el jefe del frente ideológico, el jefe de contrainteligencia, el jefe del frente de servicios y el segundo hombre de esta, el responsable de la Comisión Santiago, uno de los redactores del periódico, el encargado del trabajo juvenil, el jefe del frente sindical. Súmese a ello, la caída del Presidente y Tesorero de Ranquil, y de alrededor de una docena de camaradas que se desempeñaban en labores de apoyo a la Dirección”. En el intertanto la polémica seguiría arceciendo. Como puede apreciarse, la deliberación, acompañada del trabajo tendencial, no desmayaba, tanto que ya se habían constituido parte de las facciones que incidirían de una u otra forma en el quiebre futuro, en palabras de ese documento: el Centrismo, la Coordinadora Nacional de Regionales, Tradicionales y La Chispa. Pasando un tiempo se constituirían el grupo Humanismo Socialista, el Movimiento al Socialismo y hacia el año del quiebre aparecerían el Movimiento Recuperacionista y Los Suizos, y luego los Socialistas Unitarios y los Socialistas Históricos...etc.

La legitimidad y la supervivencia acicatearon una fuerte crítica de la Dirección Interior al Secretario General, respondiendo este con una serie de medidas que culminaron en 1978 con un Pleno en la RDA para acercar posiciones, esfuerzo infructuoso y motivo del Tercer Pleno Nacional clandestino (1979), oportunidad en que Carlos Altamirano sería despojado del cargo, asumiendo la conducción Clodomiro Almeyda. La respuesta del ahora ex Secretario General y de un importante grupo de partidarios fue no acatar la drástica medida y llamar a la constitución de un partido en que se encontrarán socialistas históricos y sectores de la izquierda que se identificaran con el socialismo. De esa manera quedaron oficializados los dos partidos socialistas más numerosos, procediendo a copar la escena con estrategias, políticas de alianza, financiamientos y distintas comprensiones del acervo histórico y teórico.

En el exterior la discusión comenzó con retraso, lógicamente había que asentarse, reconstruir y salvar vidas. De manera que, solo en 1975 la Unidad Popular se reunió por primera vez en Berlín y por invitación del PS. El cónclave tuvo como eje central el rumbo a seguir en concordancia con la discusión que se estaba dando en el país, concluyéndose que había que afiatar las bases exteriores de la resistencia, profundizar la denuncia para aislar a la dictadura, e iniciar la marcha para poner en práctica el derrocamiento a través de la estrategia del Frente Antifascista. El objetivo era abrir paso a una nueva institucionalidad que abriera las puertas a la democracia. A continuación vendrían sendas reuniones en Inglaterra y México, lugar en que se resolvió la creación de un Secretariado Exterior con sede en Berlín (RDA), un Comité Político Exterior y un Coordinador. Pero, las expectativas fueron superadas por la realidad, lo que se había conformado era el reflejo cuasi formal de una alianza derrotada, un vestigio nostálgico del pasado que no pudo aplicar la estrategia de derrocamiento hasta el certificado de defunción. Mientras tanto, se encrespaba la polémica con los artículos del PC publicados en Revista Internacional, con el Balance y Autocrítica Nacional del MAPU, con las Tareas del Pueblo en la Hora Presente del MAPU/OC, y Chile hoy: una lucha de liberación de la IC.

También comenzó a arreciar la polémica a escala internacional irrumpiendo nuevos elementos para la discusión. Los tres discursos que había pronunciado, Enrico Berlinguer, entonces Secretario General del PC italiano, poco después del derrocamiento de Allende, habían causado un profundo impacto. En sus conclusiones, a contrapelo de las posturas de la mayoría de la izquierda chilena, había señalado como factor fundamental de la derrota la falta de alianza de esta con la democracia cristiana. Sin lugar a dudas, a partir de

ese momento comenzó a rondar la idea de la alianza entre la izquierda y el centro como fórmula de salida de la dictadura. Por otra parte, la creciente crisis del marxismo y de la izquierda, el encuentro de esta con el pensamiento de Gramsci, la explosión teórica y política del eurocomunismo, el congelamiento de los socialismos reales, el fin de las dictaduras en Grecia, España y Portugal, y el rol que jugaba la socialdemocracia, daban nuevos aires a la polémica. No obstante, hasta 1978 la Unidad Popular no había logrado aquilatar que había comenzado un proceso cultural que habría de tener importantes consecuencias con la aparición de la renovación, los partidos de izquierda no alcanzaban a comprender la necesidad de renovar su utillaje intelectual y varios de ellos se alineaban con las reflexiones soviéticas sobre el caso chileno.

En el intertanto, la idea del Frente Antifascista no prosperó porque no concurrió la Democracia Cristiana, tampoco el MIR, ni la Izquierda Cristiana. Además, comenzaba la transición al neoliberalismo, de manera que la caracterización de la lucha como “antifascista” dejaba un aspecto teórico sin resolver: se enfrentaba una dictadura fascista o una nueva forma de capitalismo? En efecto, lo que estaba germinando en Chile era una nueva forma de dominación, en este caso los problemas que encontraba el desarrollo del capitalismo de Estado comenzaban a resolverse con una nueva forma de acumulación en que el capital financiero pasaba a convertirse en hegemónico. Pero, esta tendencia no fue lo suficientemente apreciada en ese momento. El estrepitoso final de la estrategia de Frente Antifascista y su consiguiente certificado de defunción (México, 1982) fueron propicios para la profundización del pensamiento renovado. A un mes del quiebre del socialismo, es decir en mayo de 1979, ya había propuesto avanzar en una línea acorde a la nueva realidad que se estaba viviendo, concluyendo después de las reuniones de Ariccia (1979, 1980) y Chantilly que había llegado la hora de la renovación orgánica, logrando la unificación de socialistas históricos con ambos MAPU, la IC, sectores del MIR y del PC e importantes intelectuales, que el caso de Chile, estaban cobijados en significativos centros de pensamiento como la FLACSO. De allí a la creación de la Convergencia Socialista y luego al Bloque Socialista mediaba un trecho.

Junto al certificado de defunción del Frente Antifascista, la alianza de la izquierda y especialmente el socialismo histórico, dio luz verde a una estrategia de carácter rupturista que también se concretizó con el envío de militantes con formación en el arte militar a Nicaragua sustentados en la idea del enfrentamiento entre capitalismo y socialismo. Por otro lado, ayudó en esa determinación la crisis de 1982 y el inicio de

las Jornadas Nacionales de Protesta en 1983, constituyéndose poco más tarde, para tales efectos, el Movimiento Democrático Popular, orbitando en torno a esta decisión se generaron dudas, creación de destacamentos armados, recriminaciones, quiebres tendenciales, divergencia de opiniones e ingresos clandestinos...Y, es que la duda sobre su efectividad rondaba en las consideraciones del Almeydismo. Por su parte, el socialismo renovado al conmemorarse los 50 años de existencia del PS, constituyó, no sin recriminaciones y desencuentros, el Comité Político de Unidad, resolución emanada del XXIV Congreso, luego firmarían un pacto con el PDC, la Alianza Democrática. En otras palabras, las dos grandes fracciones buscaban ampliar la base partidaria, extender su radio de acción e implementar sus respectivas estrategias, esto es, la perspectiva insurreccional y la opción negociadora con movilización social. Pero, no obstante declaraciones, encuentros y publicaciones de intenciones, lo objetivo es que ambas propuestas estaban orientadas por maniobras políticas más bien político-coyunturales.

Así, la muralla divisoria se consolidó.

Pero, en Chile la situación comenzaba a variar con el inicio de las JNP iniciadas en mayo de 1983. Las JNP sacaron a la oposición del reflujo político, iniciándose un proceso que culminó en 1989 con el inicio de la transición a la democracia. Los movimientos sociales habían sacado a la disidencia del encapsulamiento jugando un rol determinante hasta la cuarta JNP, cuando resurgieron en la escena los partidos políticos. Después de diez años de prohibición, escarnio y persecución surgió un poderoso movimiento político contestatario que llegó a su clímax con la séptima JNP (marzo, 1984). Por común acuerdo opositor esa movilización fue convocada por el Comando Nacional de Trabajadores, lográndose el mayor arco de convocatoria desde el inicio de las Jornadas, puesto que adhirieron el Movimiento Democrático Popular, la Alianza Democrática, la Metropolitana de Pobladores. MEMCH-83, la Agrupación de Familiares Afectados por la Represión, organizaciones juveniles (JDC, JS, JJ.CC.) y estudiantiles (FECH), a los que se sumaron los transportistas y el comercio minoristas, quebrándose de paso el frente autoritario.

Para el MDP la JNP del 27 de marzo, estratégicamente marcó el surgimiento de formas de rebeldía insurreccional complementándose con la estrategia de la no-violencia de la AD. Ambas estrategias entraban en estado de equilibrio ensombrecido por el espontaneísmo de sectores populares que continuaban superando y sobrepasando

la acción de los partidos políticos. Desde el momento en que se produjo una paralización-sin-paro era evidente el nivel que alcanzaba el conflicto; pero, las fuerzas democráticas aún mostraban carencias e imprecisiones en la formulación de estrategias, vacíos que paradójicamente dejaba espacio para la confluencia, para la unidad de acción, porque tanto la AD como el MDP desconocían la Constitución de 1980, exigían gobierno provisional, llamaban a una Constituyente y rechazaban la presencia de A. Pinochet, además, ambas fuerzas necesitaban construir fuerza político social, pero mientras una conducía a la renuncia (AD) la otra proclamada el derrocamiento (MDP)...por lo que al parecer ningún estrategia se había preguntado... existía fuerza político social para exigir la renuncia?... existía fuerza político militar para el derrocamiento? Pero, a partir de la octava JNP las diferencias se harían irreconciliables...la presencia del PC enfrascado en la rebelión popular de masas se tornaba intolerable para la DC y por ende para la renovación, situación que se resolvió en septiembre de 1986.

Las controversias políticas quedarían atrás producto de la decisión del PC de transformar 1986 en el "año decisivo".

En esa ocasión el brazo armado del PC (FPMR) ejecutó acciones que al fracasar trasladaron la iniciativa política al autoritarismo. El descubrimiento de la internación de armas por Carrizal Bajo y el fallido atentado perpetrado contra A. Pinochet tuvieron graves consecuencias. Estas acciones unidas al llamado a una nueva JNP que fracasó, terminó con la derrota de la primera gran ofensiva democrática, pasando el autoritarismo a imponer sus dictados. Acto seguido, ante la posibilidad de expansión del conflicto armado la Casa Blanca apoyó la transición institucional, en la democracia cristiana se produjo el desplazamiento de G. Valdés por P. Aylwin configurándose una nueva constelación interna, experimentándose, también un significativo giro del Almeydismo que condujo al colapso del MDP, terminando con tres décadas de alianza PC/PS, perfilándose la unificación del socialismo histórico con un socialismo renovado reforzado y hegemonizado por ex militantes del MAPU, MAPU OC, MIR, IC, PC.

Tras un largo período de inmovilismo con el regreso clandestino y su entrega a los Tribunales de Justicia (marzo, 1987), C. Almeyda descongeló la situación a costa de un viraje que aceptaba la institucionalidad de la dictadura, mostrando predisposición a disputar posiciones políticas dentro de esta. Un paso razonado si se toma en cuenta

que para el campo socialista (URSS y RDA), que lo apoyaban, no había salida posible sin una alianza con la DC; por otra parte, al interior de su propia organización existía un ala (no visible) que había puesto en tela de juicio el acervo histórico del socialismo (Patricio Barra, Ricardo Solari), también algunos de sus colaboradores ya se habían inscrito y coincidido con la renovación (Akim Soto); además, producto de la reticencia en la implementación de la perspectiva insurreccional se habían producido dos quiebres, uno en 1982/83 que había culminado con la creación del Grupo Bruselas que inmediatamente comenzaron a preparar a la militancia para el ingreso clandestino con la intención de aplicar los acuerdos; y otro, en el Pleno de Buenos Aires (1985) donde el quiebre afectó a una importante corriente interna que posteriormente se conocería como los Comandantes. El acto final sería la disolución del MDP y su ampliación con la formación de Izquierda Unida, de la cual no formaría parte el PS Núñez para evitar fricciones con la DC. Pero, quedaría un pasillo abierto con el llamado a inscribirse en los registros electorales, decisiones que condujeron finalmente a la creación y participación en la Concertación de Partidos por la Democracia.

La Concertación fue mucho más que una alianza para sacar a Pinochet del poder. Tenía por objetivo la constitución de un gobierno de larga duración. Ya a principios de los años sesenta, Tomás Pablo había planteado a Salvador Allende una alianza DC/PS entendida como un espejo “para América Latina”, estrategia que excluía al comunismo y que fue recusada por el candidato de la izquierda. Al hacerse realidad la nueva coalición quedaba atrás la posibilidad del “camino propio” y de una nueva Revolución en Libertad, pero, también caducaba la posibilidad de una nueva Unidad Popular. Esto explicará, a futuro, el abandono de las ideas socialcristiana y del marxismo a cambio del pragmatismo.

En esa perspectiva, los cambios gravitantes que venía experimentando la DC desde 1977 comenzaban a dar frutos.

A fines de 1977 con la publicación del documento “Una Patria para Todos” el PDC no solo respondía al Decreto Ley N° 1697 que lo había disuelto, se alejaba también del colaboracionismo con la dictadura, disposición reforzada por los acuerdos de octubre de 1978 en el sentido de impulsar la reorganización partidaria para iniciar la movilización social y ampliar las alianzas sin acuerdo con el Frente Antifascista. Pero todavía faltaba un tiempo de maduración del tiempo político y de resolución de la

polémica interna (aún entre notables), ese tiempo llegaría después del plebiscito de 1980, hecho agravado por la expulsión del país de A. Zaldívar. Aquel tiempo, al parecer yermo, sin embargo, tuvo una gran trascendencia; en primer lugar porque el documento anteriormente citado, contemplaba tres fases para lograr la transición: la primera postulaba el restablecimiento de los derechos fundamentales; la segunda, la vuelta a la institucionalidad y convocatoria a una Asamblea Constituyente; y, la tercera debía culminar con una nueva Constitución. Por otra parte, la discusión se orientó a favor de una política de amplios acuerdos con un sector del socialismo, rompiendo con el histórico "camino propio". Orientaciones que esta vez habían encontrado oídos receptivos en el socialismo renovado especialmente por la coincidencia de propósitos.

Los sucesos de 1986 fueron comprendidos a cabalidad por el PDC. El congelamiento social comenzó a experimentar un deshielo progresivo. De manera que, prontamente, en la Junta Nacional de la democracia cristiana, en agosto de 1987, Patricio Aylwin presentó un programa político que teniendo en cuenta la alianza DC-PS, proponía la fundación de una nueva fuerza política que habría de enfrentar al autoritarismo en las elecciones de 1988, la Concertación de Partidos por la Democracia. En suma; la derrota de la hipótesis del derrocamiento y la rápida reacción del PDC condujeron a un escenario inexplorado como era la competencia desde dentro del sistema autoritario. Se trataba de incursionar, ahora, por los senderos de la transición institucional que desde Chacarillas habían presentado los militares.

LA UNIFICACIÓN

La unidad fue tortuosa...los hechos históricos son como sucedieron, pueden maquillarse pero no cambiarse... aunque, pese al tiempo pasado, el estudio de ese momento puede ayudar a construcciones de futuro.

La reunificación del socialismo fue una imperiosa necesidad ad portas del primer gobierno de la transición. El primer paso provino del entendimiento entre los Secretarios Generales de las dos facciones con mayor representatividad y presencia, es decir, entre Clodomiro Almeyda y Jorge Arrate. Pero, no obstante la voluntad y sapiencia de ambos Secretarios Generales, en un contexto muy complejo nacional e

internacional, las rencillas estaban aún presentes rondando la pregunta, ¿es conveniente la unidad?. Pregunta del todo válida en circunstancias que las razones que habían llevado al quiebre aún se mantenían.

La producción teórica del socialismo renovado no era fácil de digerir para el socialismo histórico, lo que postulaba era un cambio cultural que ponía en entredicho la matriz teórico-política de lo que denominaban como la izquierda clásica, esto es, la adscripción al marxismo-leninismo, la concepción respecto a la sociedad socialista entendida como una formación social, el reduccionismo de clase, y la instrumentalización de la democracia. Por su parte, desde el socialismo histórico, se reivindicaba la teoría del conocimiento marxista postulando la conquista de la hegemonía en la sociedad chilena para profundizar la democracia en la perspectiva de la construcción del socialismo camino en que jugaba un rol importante la organización de la lucha desde el centralismo democrático. De allí se derivaba un conflicto no menor, una postura representaba la tradición proveniente desde la Declaración de Principios de 1933, la otra tenía un meritorio carácter refundacional. En otras palabras, estaban en discusión el tema de la relación democracia/socialismo, la pertinencia orgánica del leninismo, la relación con la socialdemocracia, el tipo de partido, la política de alianzas y por cierto, el fin de la asociación histórica con el PC en favor del PDC. Por otra parte, no faltó el razonamiento grosero: decidir en función de los cupos del gobierno que vendría.

Pero, para hombres de sólidas convicciones el camino era otro. Arrate representaba lo nuevo, la posibilidad de reconstrucción de la izquierda desde una óptica gramsciana alejada de la mera política de alianzas. Entonces, nos preguntamos ante la llegada de contingentes que se ubicaban fuera del PS, ¿qué hubiese sucedido si, desde la renovación, hubiese sido posible un entrecruce entre la filosofía de la liberación y el marxismo?, ¿qué hubiese sucedido si en el socialismo histórico, en vez de la certeza, se hubiese operado desde la incertidumbre propia de un mundo que nacía?, ¿qué hubiese sucedido si se hubiese producido una ruptura con el determinismo de las posiciones en contrapunto?. Las angustias de Almeyda además eran otras, acicateado por una transición que comenzaba y de cuyas negociaciones no había participado, aceleró su colaboración para mantener lo sustantivo del programa nacional-popular. Por su adscripción al Movimiento Democrático Popular y a la alianza con el PC, había quedado fuera de las negociaciones que dieron lugar a la transición institucional, de manera que estaba en una situación poco confortable. Aunque, tenía

a su haber la presencia de un partido vertebrado nacionalmente y funcionando gracias a su dirección interior (Germán Correa, Jaime Pérez de Arce).

En efecto, acordado iniciar el proceso de unificación Almeyda y Arrate, con sus respectivas direcciones, se abocaron a la confluencia desde las bases.

Luego, se fijó fecha para el Congreso de Unidad fijado para diciembre de 1990 en Valparaíso; acto seguido, se discutió la representación de las comunas, pero surgieron problemas, uno presentado por la mayoría que representaba el Almeydismo, otro por la resistencia de las seccionales a fundirse transformadas ahora en bastiones tendenciales, y otro por la permanencia de distintas visiones. El primero se resolvió con el tiempo, el segundo fue el punto de partida para los controles territoriales, el tercero fue insoluble porque con el paso de los años se diluyó la teoría. No obstante, surgiría un cuarto problema: ni la renovación, ni el socialismo histórico poseían los fondos necesarios para hacer funcionar la organización, teniendo incluso que moverse con cuentas bancarias particulares. Sin embargo, esto no arredró a la nueva dirección, el Congreso se realizó exitosamente incorporándose a las filas del socialismo reunificado la Izquierda Cristiana como agrupación, dificultad complementaria porque el procedimiento no era aceptado por las bases unificadas. No obstante quedó un tema pendiente: el de las tendencias que no se acoplaron, por diferencias teórico-políticas y especialmente por su crítica a la transición, estas fueron el PS Dirección Colectiva (Eduardo Gutiérrez, Gustavo Ogalde) y el PS Salvador Allende (Robinson Pérez, Jaime Durán), aunque, paciente y fraternalmente las puertas quedaron abiertas a través de encuentros y convivio permanentes.

Pero, aún debía resolverse un grueso impasse, como era la situación del PPD. Considerado como partido instrumental la pregunta era si los socialistas renovados debían permanecer en esa organización, dándose finalmente el plazo de un año para el reingreso al PS, constituyendo la primera división que afectó a la renovación. En fin, estas decisiones permitieron finalmente la legalización del partido y la posibilidad de participar en los procesos electorales que se avecinaban, así como el ingreso a la administración pública, vía currículo previa aprobación de una comisión de cargos. Para evitar mayores problemas el tema de las candidaturas parlamentarias se resolvió a través de la presentación de una carta firmada por la mayoría de los militantes de un determinado territorio, pero lo que se entendió como generosidad escondía un problema complejo por el peso que adquirirían las tendencias. En efecto,

el fraccionamiento se convirtió en un tema insoluble, las diferentes visiones no solo se mantuvieron, con el paso del tiempo, se produjeron nuevas divisiones desde ambos grupos, situación legitimada a inicios del gobierno de E. Frei cuando en un Pleno en El Canelo de Nos se suspendieron, por cinco minutos, los estatutos partidarios con el fin de reconocer una mayoría matemática y no política.

Pese, a todas las zozobras y temores, el socialismo logró su reunificación contribuyendo al proceso transicional que se abría. Empero, quedaron problemas no-resueltos que con el paso del tiempo se profundizaron, las urgencias de la unidad y la incorporación al gobierno constriñeron el tiempo para resolver silencios teóricos. Ahora bien, evidentemente, un congreso de unidad no es un evento sociológico o historiográfico, las demandas son de otra naturaleza, por lo cual solo a futuro se pudieron constatar los vacíos. Pero, no puede dejar de consignarse en el análisis que la premura política y orgánica descuidó la profundidad del análisis tanto de los derroteros por los que podía recorrer la transición, así como el de la profundidad de los cambios en el sistema-mundo.

Al imponerse las concepciones de la renovación, no hubo espacio para retomar el análisis de la Unidad Popular, cuestión gravitante porque se cruzaban dos concepciones, la del fracaso (renovación) y la de la derrota/contrarrevolución (socialismo histórico), quedando nuevamente pendiente una explicación, cuestión común –por lo demás– al conjunto de la izquierda; en otras palabras. La experiencia más avanzada de cambio desde una perspectiva nacional-popular fue descartada. Evidentemente no se trataba de repetir la experiencia, sino de sacar conclusiones en un momento histórico de cambio en el desarrollo del capitalismo histórico y en la reconversión chilena. Este silencio afectó también la propuesta proveniente del allendismo porque la incomprensión del gobierno popular se fundamentaba en un grave desconocimiento de la historia de Chile, del rol del socialismo y de la contribución de Allende a la historia del desarrollo democrático. En otras palabras, al relativizarse la contribución socialista a la profundización de la democracia (por décadas) se omitió la importancia de la vía político-institucional como estrategia para un cambio desde la democracia liberal, constituyéndose una falacia grave, como fue la de señalar que la valorización de la democracia era una cuestión del presente y no una contribución que venía desde el pasado profundo... que, por supuesto había que profundizar. Dicho de otro modo, la vía político-institucional, concebida para transformar el Estado integral, y para evitar violencias agudas o subordinación a otras hegemonías, fue desechada en la práctica.

La unidad del socialismo aunó a diversas expresiones del pensamiento; a saber, marxistas, leninistas, libre pensadores, partidarios de la filosofía de la liberación y corrientes liberales, constituyéndose en una gran oportunidad para una ruptura teórica, para un salto epistemológico bajo las condiciones de un nuevo tiempo histórico. En un contexto en que la recomposición del capitalismo histórico estaba cambiando la faz del sistema-mundo y del capitalismo en Chile era necesaria una reflexión de esa naturaleza. La transición del capitalismo de Estado al predominio del capital financiero era propicio para la gran aventura teórica, era el momento de resolver sospechas, de romper con las murallas chinas que atenazaban a las ortodoxias de la renovación y del socialismo histórico, ambas ancladas en un pasado teórico propicio para comprender y combatir la dictadura, pero el tiempo había cambiado, Chile había cambiado, la humanidad había cambiado. Entonces, podía seguir utilizándose el utillaje intelectual derrotado en 1973?, podía cambiarse todo en función del eclecticismo teórico?, había que volver al marxismo enriquecido de los padres fundadores?. Cuestiones acuciantes, porque las sociedades habían mutado.

En el marco de una depresión crónica, se había producido la transición del fordismo al neofordismo caracterizado por la combinación de la automatización con la informática, sustituyéndose las series estandarizadas de producción por series pequeñas capaces de reprogramarse, redefiniendo el rol del capital fijo y la capacitación laboral, lo que condujo a la descentralización productiva, a profundizar la competencia por los mercados y a la incorporación de nuevas tecnologías productivas, comunicacionales y del transporte. La globalización en su primera fase indujo un cambio totalizador, con el impulsó del rol del capital financiero, también cambio la vida cotidiana, mutó la familia patriarcal, la división social y las composiciones etarias del trabajo, también la vida sexual experimento cambios, aumentó la tasa de cesantes estructurales y del ejército laboral de reserva, debilitándose el rol de la antigua clase obrera con la aparición de un nuevo proletariado de servicios, difuminándose incluso el sujeto histórico. Todo esto encuadrado en las recomendaciones económicas y culturales norteamericanas para América Latina contenidas en el Consenso de Washington y los Acuerdos de Santa Fe. En fin, estos cambios no fueron tratados (habidas excepciones), perdiéndose la posibilidad de enfrentar la construcción del Estado neoliberal. De allí la facilidad para la imposición del nuevo orden a partir de la renuncia de P. Aylwin al Programa de la Concertación.

La buena voluntad no bastaba, lo que estaba en juego era direccionar la transición hacia una democracia sustantiva. En España, Portugal, Grecia, Corea del Norte, Brasil, Argentina...se habían producido transiciones de la dictadura a la democracia, de manera que desde el punto de vista de la historia comparada había elementos para enrumbar la discusión. Pero, no se hizo, quedando sin profundizar aspectos sustantivos de ese proceso; entre otros, el planteamiento que señalaba que la transición era el paso de un régimen militar a un gobierno civil el cual debería a continuación eliminar los enclaves autoritarios sin contemplar el riesgo de fracasar en dicho propósito y menos vislumbrar la posibilidad de la emergencia del Estado neoliberal; por otra parte, en el convencimiento que la ruptura de los consensos había sido fundamental para el quiebre democrático, la transición se abocó a la formación de un nuevo sistema de partidos que vía sistema binominal prolongó el peso de la derecha autoritaria, reconocida ahora como centro-derecha. La diversidad de concepciones sobre la democracia también confundió, el concepto se transformó en un lugar común con multiplicidad de elementos: sinónimo de elecciones?, sistema institucional para la toma de decisiones?, democracia política social y económica, o democracia a secas?, vía para un nuevo tipo de sociedad?.

Por aquellos días la mayor parte de la población esperaba cambios en el modelo económico. La dictadura había terminado, pero mantenía un poder paralelo que se consolidó porque el primer gobierno democrático abandono el proyecto alternativo, de manera que terminó utilizando instrumentos y principios de regulación desarrollados bajo la dictadura lo que permitió la mantención de los abusos económicos y la desigualdad, fuentes de la incubación de un sordo malestar ciudadano que in crescendo, treinta años más tarde se expresaría en forma de un estallido social. A esto debe agregarse que la renuncia a poseer medios de comunicación propios agravó la situación, no se trataba de competir en la noticia, ni de recuperar el campo artístico cultural de antaño, se trataba de combatir la violencia simbólica con el objetivo de ganar a la mayoría para cambiar el sistema. La falta de medios de comunicación impidió contrarrestar a los aparatos ideológicos del autoritarismo debilitando la batalla cultural. El abandono de este campo contribuyó a despolitizar, desmovilizar y a largo plazo a la derrota cultural del proyecto democratizador.

La responsabilidad de este derrotero no es exclusivamente de los socialistas. Mucho tiene que ver la correlación de fuerzas, el peso del centrismo y los cambios teóricos,

Ahora bien, no obstante estas carencias los aportes de los socialistas unificados a la transición fueron importante. Mantuvieron la presencia histórica de la izquierda y lograron conservar el vínculo con la ciudadanía, razón de una digna representación parlamentaria que posibilitó iniciar la democratización, colaborando también con la reinserción en la división internacional del trabajo y acrecentando la presencia nacional en el sistema-mundo, ahora los chilenos podían transitar por las calles sin el peligro de desaparecer, con sus propuestas se logró bajar los índices de pobreza heredados de la dictadura, también comenzó a revertirse el denominado "apagón cultural", se estabilizó la economía, los índices macroeconómicos mejoraron y se vivió por mucho tiempo un período de paz social. Pero...la desigualdad se transformó en un problema insoluble.

Allí anida el mérito de la reunificación. Pero, allí también residen los desméritos.

A riesgo de cometer lo que los historiadores llaman un anacronismo, mirar el tiempo pasado con los ojos del tiempo actual, afrontaremos el riesgo por la importancia de los acontecimientos de los últimos meses. Demás, está decir, que los tiempos de la historia son complejos y que muchas veces los desenlaces de los procesos sociales tienen lugar en el tiempo largo, como es el caso del actual estallido social en que la ciudadanía a puesto en tela de juicio lo acontecido en los últimos 30 años, el tiempo de Concertación/Transición...el tiempo de la reunificación.

Un proyecto que renunció a Revolución en Libertad y a la Unidad Popular requería de adecuaciones permanentes.

Pero, treinta años después ha quedado claro que se cometieron errores como lo demuestra el reclamo ciudadano, entonces, no habrá llegado la hora de replantear aspectos que parecen axiomáticos? Desde un punto de vista filosófico pareciera que se requiere trascender el tiempo propio, individual, y pensar en un tiempo más participativo, de futuro sin las ataduras del presente. En los últimos 45 años el sistema-mundo cambió, cambió América Latina, cambió Chile, lo que hace imprescindible separar lo nuevo de lo viejo, abandonando viejas armas políticas, consignas añejas y estrategias que caducaron. Por ejemplo, reconocer que nuestra democracia es débil y que se transformó ahora en una democracia-plutocrática y que neoliberalismo y democracia liberal son incongruentes. Cómo transformar el sistema económico?. Estas son todas preguntas del ayer que requieren respuestas urgentes.

Ayer como hoy el examen de la recomposición del capitalismo está pendiente en circunstancias que está en una crisis propia de los ciclos sistémicos de acumulación. El manto de sospecha que cubre la teoría crítica nos alejó de la teoría sobre el capital monopólico, pero, como enfrentar los desafíos del presente sin tener en cuenta los cambios que ha experimentados?, cómo entender nuestra posición en el sistema mundial sin tener en cuenta las tendencias geopolíticas?, etc. De las respuestas dependerá la vigencia ahora del PS.



**PARTIDO
SOCIALISTA
DE CHILE**

**30 AÑOS
DE UNIDAD
SOCIALISTA**

Ricardo Núñez Muñoz
Ex presidente del Partido Socialista

Hace treinta años tuvo lugar la unidad del socialismo chileno. Con ella se puso fin a un proceso de búsquedas de entendimientos y de acciones conjuntas que los dos partidos socialistas de mayor gravitación en la vida política del país venían realizando en diferentes espacios de la lucha antidictatorial. Antes de esa ocasión ambos, por separado, habían hecho importantes esfuerzos por unir a los socialistas. Esfuerzos que lograron solo éxitos parciales, aislados, que culminaron con la incorporación a las respectivas orgánicas de grupos de poca gravitación social.

La voluntad que animaba a los dirigentes de ambos partidos por superar los problemas políticos que explican las divisiones que nos separaron durante más de una década, fue fundamental para que la iniciativa se lograra concretar exitosamente. Se trató de un esfuerzo generoso, responsable, digno de destacar por las dificultades que hubo de enfrentar. No era fácil aunar criterios en torno a los desafíos que estaban presentes en momentos claves de la lucha contra la dictadura. La política de alianzas o la participación en la construcción de un amplio frente político y social para derrotarla, eran cuestiones sobre las cuales no siempre se tuvo la misma apreciación. A menudo estas surgían más como obstáculos para la unidad que como diferencias susceptibles de ser superadas. De ahí es que, en mi opinión, la decisión de enfrentar unidos el plebiscito del 5 de octubre de 1988, no solo puso a prueba las convicciones unitarias que animaban a los dirigentes de entonces sino que permitió tener una común mirada frente a las reticencias de algunos sectores de la izquierda en relación a aquel.

Una decisión de ese alcance no podía ser asumida solo por un sector partidario. Debía comprometer no solo a los que tomamos tempranamente esta determinación sino que, para que ella abriera un camino cierto de derrota a la dictadura, hasta ese momento percibida como incierta, se requería la participación de toda la militancia socialistas sin excepción. Mas allá de las dudas que pudieran existir, se trataba de recorrer cada pueblo, cada rincón de nuestro territorio, y fundamentalmente de rearmar el espíritu libertario de los chilenos. Derrotar el miedo y la barbarie era imperioso si queríamos construir futuro y de esa superior tarea los socialistas no podíamos restarnos. Y con mayor razón si superando obstáculos, lo hacíamos unidos.

Recuerdo que para algunos de nosotros el compromiso de aceptar el reto de participar en el plebiscito que contemplaba la Constitución de Pinochet tuvo un alto costo, pues supuso tomar, entre otras medidas, la de inscribirse en los registros electorales cuyo primer inscrito fue el propio dictador. Aún me resuenan los denuedos que recibimos por

esa audaz determinación. Derrotar a un régimen tan brutal con “un ejército de seis millones de ciudadanos” se veía como un salto al vacío o como una táctica sin destino y para algunos como un error que había que denunciar puesto que en el fondo ella le “hacía el juego” al gobierno fascista. La realidad demostró que pesar de las críticas recibidas, era correcto persistir en ella.

Lo anterior fue la antesala necesaria que permitió a ambos partidos participar en el “Comando Nacional por el No”, constituido para conducir la inmensa movilización popular que hizo posible el triunfo de la democracia. Esta determinación adoptada por ambas estructuras fue otro paso decisivo que ayudó a despejar el camino de la unidad y vencer las desconfianzas y el recelo que aún permanecían entre los socialistas.

La victoria alcanzada en aquella oportunidad abrió la esperanza a la inmensa mayoría de nuestro pueblo. Por ello era fundamental proyectarla, no dejar que se subsumiera en la indiferencia o el triunfalismo estéril. En ese cuadro nuestra activa participación en la conformación de la “Concertación de Partidos por la Democracia” fue un acto de responsabilidad superior. Era imprescindible enfrentar las primeras elecciones presidenciales y parlamentarias realizadas en democracia con la máxima unidad de todas las fuerzas que hicieron posible el triunfo del 5 de Octubre.

Con esa predisposición ambos partidos acordamos apoyar la candidatura de Patricio Aylwin a la presidencia de la República y conformar un pacto electoral para las elecciones de senadores y diputados que comprometiera tanto al PPD como a la Izquierda Unida. Dicho pacto nos permitió elegir 4 senadores y 19 diputados.

Los socialistas teníamos presente que tras el triunfo de la Concertación era fundamental sentar las bases de la democracia recuperada. Iniciar la difícil transición hacia un régimen de libertades y derechos era tal vez el mayor desafío del socialismo chileno en toda su historia. Debíamos dar cuenta de la enorme pobreza que padecían los sectores más vulnerables de nuestra sociedad, las enormes desigualdades que generó la aplicación de la política económica de los “Chicago boys”, de cuyos fundamentos no nos hemos podido escapar hasta hoy. Sin embargo, nuestra principal tarea era castigar las violaciones a los Derechos Humanos cometidas por la dictadura. Sin ánimo de venganza, hacer posible que la impunidad no se convirtiera en política de Estado. Fue una tarea compleja, atendiendo la diversidad de opiniones existentes al interior de la coalición política que se aprestaba a gobernar.

Por experiencia histórica sabemos que las transiciones por definición no son revoluciones, que en ellas no todos los objetivos, por muy preciados que sean, se logran concretar con el solo ejercicio de la voluntad. Todas las experiencias conocidas en Europa y América Latina durante el último siglo así lo confirman. Transitar de una dictadura a una democracia es un camino sinuoso, lleno de contradicciones, pues inevitablemente supone arrastrar elementos constitutivos del pasado que bregan por permanecer. Por ello se requiere de una gran inteligencia política por parte de quienes tienen la responsabilidad de conducirlo.

En este sentido nuestra transición ha sido de claros y oscuros, de luces y sombras. La realidad de estos meses así lo confirma. El Chile surgido de esta etapa histórica es apreciablemente mejor de aquel que heredamos de la dictadura, pero dista mucho de ser aquel por el cual los socialistas hemos luchado desde siempre.

Volviendo al objetivo de estas líneas, recuerdo que al proceso unitario que culminó en un céntrico hotel santiaguino un 29 de diciembre de 1989 concurrieron no solo los que proveníamos del llamado tronco histórico. Las y los socialistas provenientes de la vertiente cristiana también se sintieron convocados a participar de aquel. El Mapu Obrero y Campesino (o Mapu Gazmuri), se había integrado con anterioridad a nuestro sector partidario. El Mapu Garretón lo hizo conjuntamente con la integración de nuestros partidos dirigidos por dos destacados militantes de entonces: Clodomiro Almeyda y Jorge Arrate. La Izquierda Cristiana que encabezaba Luis Maira, se incorporó directamente al PS ya unificado en el transcurso del Congreso General realizado un mes después en la ciudad de Valparaíso.

La unidad permitió el despliegue de varias iniciativas. Entre otras, como lo he señalado, ella fue un factor decisivo para hacer posible el inicio de la transición de la dictadura a la democracia que iniciaba Chile después de 17 años de dictadura. En seguida porque desde las primeras conversaciones se buscó transformarla en un espacio común para toda la izquierda, especialmente para aquella que se había comprometido a terminar con la dictadura por la vía política, que había impulsado sin exclusión la creación de espacios de libertad conquistados gracias a las movilizaciones del pueblo y que pusieron en el centro de sus preocupaciones políticas la unidad de todas las fuerzas democráticas.

La unidad alcanzada, empero, no fue una tarea fácil.

Aunque entre ambos sectores existía voluntad unitaria, se requería dejar en el pasado todos los problemas que generó la división del PS en 1979. Debíamos tener presente que en relación a otras divisiones sufridas por el PS a lo largo de su historia, que culminaron casi siempre en separación de aguas, en la de 1979 concurrieron aspectos orgánicos, políticos e ideológicos que escasamente estuvieron presente en anteriores oportunidades.

En lo orgánico, los problemas surgieron a propósito de los roles que debía jugar la Dirección Interior Clandestina, en cuya responsabilidad recaía la tarea fundamental de combatir la dictadura en el terreno mismo, y la Dirección Exterior, radicada en Berlín Oriental. A diferencia de otra experiencias, como la vivida por los socialistas españoles luego de cuarenta años de dictadura, donde casi la totalidad de los dirigentes republicanos habían desaparecido de la escena política al momento de la muerte del dictador Franco, en la chilena la mayor parte de los dirigentes que lideraron la experiencia de la Unidad Popular se encontraban vigentes al momento de iniciada la redemocratización del país. Carlos Altamirano, Clodomiro Almeyda, Jaime Suárez, Adonis Sepúlveda, Rolando Calderón, en el caso socialista, mantenían fuertes lazos e influencias con la militancia que logró permanecer en el país. Ni el Congreso de La Habana, efectuado en abril de 1975, ni el famoso Congreso de Argel de mediados de 1978, ni instancias posteriores resolvieron adecuadamente este problema al interior del Partido Socialista.

Las diferencias de carácter político se fueron manifestando con el correr del tiempo. Mientras más se eternizaba el régimen de Pinochet, más evidentes se hacían al interior de los partidos que habían conformado la Unidad Popular. La pregunta acerca de cuál era el camino más eficiente para terminar con la dictadura no tenía respuestas únicas, tampoco en el PS.

Aunque nunca se dio como una dicotomía absoluta, lo cierto que entre el camino político y el que suponía una suerte de insurrección popular, se fue produciendo un creciente distanciamiento. En el caso de los socialistas, entre “la lucha de masas con perspectiva insurreccional” y “la movilización para generar una salida política” a la dictadura, implicaban necesariamente políticas de alianzas incompatibles entre sí. En ese cuadro, además, la decisión del PC de privilegiar una salida armada al régimen dictatorial, terminó por complicar más las cosas. Esto se tradujo en que, por un largo tiempo, ni el Bloque Socialista, ni la Alianza Democrática, ni el MDP incluyeran en su conformación a todos los

sectores en los que se encontraba escindido el socialismo chileno. Entre estos, además, no existía la misma disposición de considerar entre las fuerzas antidictatoriales a la Democracia Cristiana debido, entre otras consideraciones, al rol que esta jugara en la crisis política que culminó con el golpe de Estado de septiembre del 73.

La división sufrida no se dio, además, en un espacio tiempo vacío. La derrota sufrida por la Unidad Popular y sus efectos posteriores, se dieron en medio de uno de los debates ideológicos más desgarradores que haya vivido la izquierda mundial. Este se dio principalmente entre aquellos partidos que se alineaban tras la influencia de la Unión Soviética y que hacían del marxismo leninismo la base de sus concepciones ideológicas. Las manifestaciones de descontento en los países de Europa Oriental acentuaron la crisis e hicieron más evidentes las limitaciones políticas y los vacíos ideológicos de sus gobiernos. A su vez, el cuestionamiento al interior del movimiento comunista internacional a la hegemonía soviética se hizo más patente. Expresión de ello fue el rompimiento con el PCUS de los comunistas franceses, italianos y españoles, entre otros, que terminaron por cuestionar, a través del movimiento conocido como “eurocomunismo” los fundamentos ideológicos sobre los cuales se había erigido el “socialismo realmente existente”.

De esta crisis difícilmente podía sustraerse la izquierda chilena. Tampoco el PS. Por ello que negar el impacto que esta tuvo en su interior siempre me ha parecido un error, pues con ello se intenta obviar que el Partido Socialista hizo suyas muchas de las ideas y definiciones ideológicas cuestionadas por la señalada crisis; crisis que, como se sabe, concluyó con la desaparición de la Unión Soviética, del bloque socialista, y la Caída del Muro de Berlín.

Desde otra perspectiva, es bueno recordar que luego del golpe del 73 nunca existió una sola lectura por parte de la dirigencia de los partidos de la UP respecto a las causas de la derrota de la “vía chilena al socialismo”. Fue un tema de permanente controversia que le afectó incluso muy avanzado la dictadura. De igual manera, sobre la naturaleza y orientación del régimen militar, las definiciones de los partidos, especialmente en el exilio, nunca coincidieron, de manera que a partir de ella se elaboraran tácticas y estrategias comunes.

Al interior del PS estas controversias se expresaron con especial intensidad a propósito del llamado “Documento de Marzo”, dado a conocer por la Dirección clandestina del PS que encabezaba Exequiel Ponce y Carlos Lorca, a poco de instalada la dictadura. El

mencionado documento se dio a conocer a menos de un año de consumado el golpe militar cuando aún se cernía sobre el Partido una persecución implacable, asesinado muchos de sus dirigentes, detenidos, presos y procesados de manera arbitraria cientos de socialistas en todo el país y exiliado un considerable número de sus militantes. Más allá de la opinión que se pueda tener de aquel documento, transcurrido tanto tiempo, objetivamente no todos los socialistas estuvieron de acuerdo con el análisis que este hacía especialmente sobre las carencias, debilidades e inconsecuencias que debilitaron al gobierno del Presidente Allende. Cuestiones tan sensibles como la señalada nunca desaparecieron totalmente de las discusiones que se dieron al interior de los partidos de la ex UP. Tampoco en el PS. Con distintos énfasis estas se manifestaron en todos los grupos que, como la Coordinadora Nacional de Regionales, intentaron reconstruir el PS en medio de la dispersión sufrida luego del golpe. Carentes de legitimidad, se plantearon incluso desconocer la Dirección surgida en el Congreso General realizado a finales de enero de 1971 en La Serena, con puntos de vistas y propuestas diametralmente distintas. Un análisis desapasionado de este período tan dramático de la historia partidaria me ha llevado a la conclusión que, en el fondo, esta situación fue el reflejo fiel de las disputas que sobre la orientación del proceso revolucionario se entablaron antes del golpe en prácticamente todos los partidos de la UP y que en el PS se manifestaron incluso al interior de su Comité Central.

Las consideraciones anteriores nos sirven, en mi opinión, para relevar el trabajo y la dedicación de los dirigentes de todos los niveles que se dieron a la tarea unitaria. El aporte de ellas y ellos fue decisivo y expresaron correctamente el espíritu unitario que recorría al conjunto de la militancia.

Pero la unidad no estaba a la vuelta de la esquina, no bastaban los buenos propósitos para lograrla. Era necesario mucho más.

Desde luego conformar un nuevo conjunto de ideas fuerza, tanto en lo táctico como en lo estratégico, que sirviera a nuestro objetivo histórico de construir una sociedad más libre, justa y soberana. Reafirmar nuestra acercamiento creativo a las ideas marxistas sin caer en el dogmatismo, incorporando al mismo tiempo el pensamiento cristiano de avanzada y los aportes del laicismo como parte de nuestro acervo. Crear normas de conductas exigibles a todos sus militantes independiente de sus roles en la estructura organizacional. Dar aún más fuerza a nuestro compromiso con la democracia en su sentido más amplio y asumirla como parte integral del pensamiento político del

socialismo. Conocer los cambios operados en la sociedad contemporánea, para conocer mejor los que se han producido en los últimos decenios en nuestra propia sociedad. Reafirmar nuestra vocación latinoamericanista a partir de nuestras propias experiencias. Impulsar la creatividad ideológica y política, sin perder nuestra esencia de ser el partido de los “trabajadores mutuales e intelectuales”, como reza nuestra acta fundacional. Renovar las concepciones del cambio estructural que requiere la sociedad capitalista chilena para construir una donde la libertad, la democracia y el pluralismo, como lo sostenía Allende, fueran parte esencial de nuestra tarea histórica. Todas estas definiciones estuvieron presentes entre los compañeros y compañeras que entregaron lo mejor de sí para hacer posible la unidad que culminó aquel 29 de diciembre.

Sin embargo, creo que lo más importante para culminar exitosamente el camino emprendido fue el llamado que hicieron a todos los socialistas a reponer confianzas, a dotarnos de un común sentido de pertenencia y hacer de la fraternidad un modo de convivencia de todos los militantes. En otros términos, que pese a las legítimas diferencias que puedan existir, en el marco de la democracia interna que nos rige, los socialistas sepan configurar entre ellos la sociedad fraterna que queremos para Chile.

A 30 años del reencuentro de los socialistas en un solo instrumento partidario, podemos afirmar que este ha concluido, que no existen más rémoras del pasado que pudieran enturbiarlo. Hay consensos básicos que nos permiten operar en la nueva realidad del país con la firmeza de las normas y principios que nos son propias. Los desafíos por tanto son otros, tal vez más complejos que los del pasado. Tenemos deudas importantes con el mundo popular, nos afecta el deterioro de las instituciones políticas, hay una peligrosa lejanías con los partidos, especialmente entre los jóvenes. Se requiere, además, de un conjunto de ideas fuerza que den cuenta de los cambios que requiere el país, de conductas políticas que posean un profundo sentido ético y moral, así como de nuevas formas de organización que asuman los cambios operados en las relaciones sociales. Frente a nosotros se yergue un mundo marcado por acuciantes fenómenos, que requieren de voluntad socialista para enfrentarlos.

De la experiencia unitaria podemos extraer muchas enseñanzas, como la capacidad de respetar al compañero o la compañera que piense distinto, entender que más allá de las diferencias que puedan existir tenemos la seguridad que a todos nos unen objetivos históricos compartidos, y que a partir de nuestra historia de entrega y sacrificio podemos derrotar el extremismo capitalista que ha generado tanta pobreza, desigualdad y

marginalidad a tanto compatriota. Soy un convencido que el país requiere de un Partido Socialista fuerte, comprometido y fundamentalmente convencido que nadie lo va sustituir en su tarea de hacer de Chile un país con mayor justicia social y mejor para todos. Allende ilumina nuestro camino y en él debemos perseverar.

